El Cuaderno

SEMANAL DE CULTURA DE LA VOZ DE ASTURIAS
Nº 11 / Sábado 24 de diciembre del 2011 / www.elcuadernocultural.com

ESCRITOS EN ASTURIAS

LLURDES ÁLVAREZ F. ÁLVAREZ DE VELASCO RUBÉN D´AREÑES J. L. ARGÜELLES R. LL. BANDE XUAN BELLO FERNANDO BELTRÁN MARCOS CANTELI LAURA CASIELLES SOFÍA CASTAÑÓN J. Mª CASTRILLÓN BERNARDO FERNÁNDEZ FRUELA FERNÁNDEZ XANDRU FERNÁNDEZ L. FERNÁNDEZ ROCES PELAYO FUEYO ANTÓN GARCÍA CARLOS IGLESIAS M. LÓPEZ-VEGA JOSÉ ANTONIO MASES FERNANDO MENÉNDEZ PEPE MONTESERÍN ESTHER MUNTAÑOLA RODRIGO OLAY JORGE ORDAZ ISMAEL PIÑERA GUILLERMO DEL POZO ESTHER PRIETO MIGUEL ROJO SARA TORRES

8 FICCIONES...

☞ **Bernardo Fernández**

El silbido contagioso

A Braulio Vigón, que nos recordó a los asturianos una leyenda escocesa

Nadie viaja hoy en velero, ya ni siquiera en barco. Por si regresaran aquellos venturosos días, conviene no olvidar esta historia. ¶ El *Virginia* abandonó Seattle el 23 de agosto, navegó el estrecho de Juan de Fuca y puso proa al sur. Ignoro su carga y hasta su destino; puede que no fuera otro que el mar mismo. Durante varios días avistaron tierra a babor, el murallón de las Cascadas. Los albatros sobrevolaban los mastelerillos. Cuando el clima templó, la marinería, que dudaba ya que el capitán, apoyado siempre en la costa, supiera orientarse en alta mar, recibió la orden de ejecutar una maniobra. Las cumbres comenzaron a menguar y se sumergieron en el horizonte. Crecieron los días y no menguaba el viento.

El 3 de noviembre divisaron unas velas, y a poco, el casco todo de un hermoso navío. Navegaba ciñendo, con una andadura de bolina. Cuando lo separaba del *Virginia* una milla, sobrevino una gran calma que desmayó las velas. El *Virginia* y el *Thurso,* que así rezaba la popa del navío, quedaron al pairo, varados uno frente a otro, con media milla de Pacífico por medio. Hubo un gran silencio. Luego, un intento de saludarse a voces, mas no coincidieron las lenguas. La noche encendió sobre el mar unos contados faroles. La tripulación durmió sudorosa en cubierta.

Amanecieron tres días inmóviles. Desde el cuarto, en dos botes y a mitad de camino entre los veleros, los capitanes intercambiaron en el crepúsculo unas impenetrables palabras y unas botellas. Al décimo día faltaron las fuerzas para remar y andar y desandar la escala, así que desistieron de cortesías y renunciaron a una profunda amistad.

El *Virginia,* abrasado por el calor, despertó al undécimo con los sones de una hermosa melodía. Toda la tripulación del *Thurso,* de pie en cubierta, silbaba canciones escocesas. Silbaron sin descanso toda la mañana, la tarde entera, y al caer la noche, en el *Virginia* también comenzaron a silbar. Se cruzaron en la oscuridad canciones populares escocesas, irlandesas, de Nueva Inglaterra, de la Luisiana. Casi nunca coincidió en los labios enfrentados la misma melodía. La omisión de las letras les evitó el recuerdo de la alegría, de las mujeres, del vino y de la muerte. Se turnaban para comer, pero nadie durmió.

Silbaron toda la mañana del duodécimo día; al atardecer, el viento, contagiado, comenzó a silbar e inflamó las velas. El *Virginia* y el *Thurso* cruzaron sus destinos en la noche plagada de olores tenues del Pacífico. Y las tripulaciones se saludaron sin verse entonando cantos de sus lejanas tierras. ■

Con la llegada de las navidades, EL CUADERNO se despide de sus lectores hasta el nuevo año, y quiere hacerlo con una entrega especial que recoge la variedad y calidad de la creación literaria que se desarrolla en Asturias. Tal y como figuraba en el editorial con el que abrimos nuestro primer número, hemos querido que nuestro objetivo primordial fuera el de ofrecer una nueva plataforma de expresión a los distintos lenguajes artísticos que, desde nuestra comunidad autónoma, quieren encontrar su lugar en el mundo. Por eso, después de diez semanas en las que hemos intentado ser fieles a esa vocación, queremos cerrar este 2011 con unas páginas que reúnen textos inéditos de un buen puñado de escritores que, de una u otra forma y pese a la imposibilidad de contar con todos los que deberían estar, sintetizan el espíritu y la idiosincrasia de la literatura asturiana contemporánea. Entre los más veteranos, Luis Fernández Roces y José Antonio Mases, y los más jóvenes, Laura Casielles y Rodrigo Olay, median varias décadas, pero en los textos de todos y cada uno de ellos se evidencia esa búsqueda de la excelencia que convierte sus relatos y poemas en uno de los mejores regalos que podemos ofrecer a nuestros lectores con motivo de estas fiestas, antes de que llegue un año en el que volveremos a acudir puntuales a nuestra cita semanal. Disfrútenlos. Y que todos tengamos un feliz 2012. ■ EL CUADERNO

☞ **Ismael Piñera Tarque**

Ficciones (o no)

1. El rito. La ley estableció que sólo a aquellos a quienes sonriera la fortuna de alcanzar la provecta edad de cien años les sería dable acceder a la cámara más íntima del palacio real, a fin de presentar sus respetos al monarca. Éste, contrariando los protocolos, los aguardaría de pie, a la puerta de la gran sala, y los guiará del brazo hasta la puerta de la gran sala, y los guiaría del brazo hasta su propio trono, invitándolos a sentarse en él, hecho al que los ancianos accederían no sin visibles muestras de perplejidad. Una vez así acomodados, el monarca se dirigiría a ellos con el título de *majestad* y les rendiría todos los honores imaginables. El anciano, en fin, aun sin comprender cómo ni por qué, se convertía durante un rato en el rey que había ansiado ver. En caso de hesitación el monarca estaba autorizado, incluso, a confirmárselo de palabra:

—Vos sois, mi señor, el rey de este palacio —le diría al atribulado visitante.

A continuación, la guardia real entraría en la sala y uno de los lugartenientes se acercaría al anciano y, tras prosternarse ante él, lo degollaría de un limpio mandoble.

A cada ocasión, el trono real sufría la violencia de la sangre. Era el propio monarca quien, humildemente arrodillado en el suelo, lo limpiaba con minuciosidad hasta hacer desaparecer la última mancha. Y luego se sentaba a esperar.

2. La nube

Llegó la nube, pero nadie lo advirtió. Los aviones siguieron aterrizando, ningún vehículo se detuvo en medio de la carretera y ni un solo electrodoméstico cejó en sus rutinas. Los perros siguieron defecando educadamente en los jardines, y sus dueños siguieron recogiendo educadamente sus defecaciones en pequeñas bolsitas de plástico guardadas a tal efecto en el abrigo. Ningún servidor se colapsó, ninguna red se bloqueó, ningún mercado financiero se derrumbó. Las viudas siguieron comprando la barra de pan al precio habitual, los fumadores se reunieron a las puertas de las cafeterías con el gesto taciturno de siempre, las cuerdas de los violines perseveraron en su afinación. Ni una sola grieta nueva se abrió en los edificios, ni un solo suicida aludió al acontecimiento en sus notas de despedida. Ningún registro llamó la atención de sismógrafos, cosmonautas, poetas.

Al fin y al cabo, el apocalipsis cayó de lunes y nadie —que se sepa— hizo puente. Al día siguiente hubo que madrugar de nuevo.

3. Safari galáctico

Muy de mañana, varios amigos y yo salimos de safari galáctico. Nos enfundamos los trajes espaciales, cargamos al máximo las reservas de oxígeno —teníamos para un mes completo, contando con cualquier posible incidente— y echamos al hombro varias cananas. El asteroide se encuentra en un punto privilegiado para estas lides: muy cerca de una zona de paso, una suerte de cañada hiperespacial por la que, cuando es temporada, suelen pasar largas manadas de toda suerte de especímenes.

La jornada no se nos dio mal. Mi compañero de cápsula —el que ocupa la litera superior— se cobró nada menos que siete piezas. Otro fulano, uno que acaba de llegar y al que todavía no le tenemos muy pillado el punto, demostró cierta habilidad para la ronda, pero luego se quedó corto en puntería. Yo no me quejo: me traje cuatro hermosos ejemplares colgados del cinto.

Lo malo es que luego nunca sabemos muy bien qué hacer con tanta alma errabunda. El fulano, el que acaba de llegar, aseguró que en su tierra las hacen a la parrilla —después de limpiarlas bien, claro está— y se dan un festín a base de recuerdos humanos y otras criadillas por el estilo. Pero a todos nos dio bastante grima y él, decepcionado, se perdió por una esquina de la estación con la única pieza que tenía (llevo un rato husmeando el ambiente, pero aún no he olido nada raro).

Yo tengo las mías aquí mismo, una encima de la otra. Hay un poco de todo, y un poco lo de siempre. La verdad, después de la excitación, el sudor y el escalofrío característicos de una jornada de caza, siempre se queda uno algo melancólico, contemplando estos despojos tan tristones.

Supongo que acabaremos tirándolos por el túnel de vacío.

4. Ventajas del correo electrónico

Abro la puerta de su cuarto. Lo hemos instalado en la habitación vacía de arriba que usamos de trastero improvisado, en medio de cajas de cartón, bolsas de plástico y electrodomésticos estropeados. A él no le importa. A él no le importa nada.

Abro la puerta de su cuarto, pero no me atrevo a entrar; me quedo en el umbral, y desde allí le chisto. Un olor inconfundible (a tabaco, humedad, sudor) me golpea las narices mientras espero. Al oírme, se mueve con lentitud, como si le costara poner en marcha las articulaciones o el sistema muscular. Claro: se pasa el día y la noche sentado en el tosco escritorio (un tablón tendido entre dos caballetes) al fondo del cuarto, con la mirada hundida en la pantalla del ordenador, y rara vez se mueve si no es para prender un cigarrillo. El tabaco es lo más caro: un cartón apenas le dura cuatro días, así que siempre tengo que andar pendiente de reponer sus existencias. Si no, no trabaja. Pero bueno, es el único gasto que produce. El resto son beneficios...

Al fin, renqueante, llega hasta la puerta. Su visión siempre me incomoda, supongo que por su aterradora familiaridad: (página 3 ☞)

SEMANAL DE CULTURA
DE LA VOZ DE ASTURIAS
www.elcuadernocultural.com

COORDINADOR Juan Carlos Gea
CONSEJO EDITORIAL Miguel Barrero, Juan Cueto, Álvaro Díaz Huici, Jordi Doce, Julio César Iglesias, Elena de Lorenzo Álvarez, Jaime Priede
REALIZACIÓN EDITORIAL Ediciones Trea, S. L.
REDACCIÓN Ediciones Trea, S. L. Polígono Industrial de Somonte, c/ María González La Pondala, 98, nave D. 33393 Gijón • Tel.: 985 303 801 • elcuaderno@trea.es • www.trea.es
DISEÑO GRÁFICO Pandiella y Ocio
EDITA La Voz de Asturias, S. A. , c/ Lila, 6. 33002 Oviedo • Tel.: 985 101 500 • www.lavozdeasturias.es

☞ **Pepe Monteserín**

El número de Reynolds

En ocasiones sufro el síndrome de Parry; William Parry era aquel almirante inglés que, con su trineo tirado por perros, corría a la conquista del polo norte, pero cada vez que verificaba su latitud observaba perplejo que no había avanzado; ignoraba encontrarse sobre un inmenso témpano que derivaba

hacia el sur. Otras veces, más que correr sobre un témpano, en este mundo de la literatura, me veo nadando en miel. Consigo buena palanca al hundir el brazo en un medio tan denso, pero esa misma viscosidad me retiene.

El científico José Manuel Alonso, un cántabro, de Hijas (Puente Viesgo), me dijo que existe una fórmula para calcular si es rentable nadar en miel, es decir, si un mundo tan espeso permite alcanzar la excelencia. A esa fórmula se la denomina número de Reynolds;

$$Re = \frac{\rho \upsilon_s D}{\mu}$$

donde:

ρ: densidad del fluido

υ_s: velocidad característica del fluido

D: diámetro de la tubería a través de la cual circula el fluido o longitud característica del sistema

μ: viscosidad dinámica del fluido

υ: viscosidad cinemática del fluido.

Es un cociente adimensional, utilizado en problemas de dinámica, que valora la densidad del fluido, su velocidad característica y el diámetro y longitud de la tubería o sistema a través de la cual circula, y lo compara con la viscosidad dinámica y cinemática de dicho fluido.

—¿Se conoce alguna técnica para nadar en miel? —le pregunté, en su laboratorio de Madrid.

—Nos la ofrece la propia naturaleza —me dijo.

Entonces, me habló de los espermatozoides que, inmersos en el semen, un medio cálido, viscoso y entrañable, nadan en pos de la creación, del cigoto, en pos del 10, en busca de la obra virgen, del polo que los trascienda.

—¿Y cómo se mueven, cómo avanzan tan rápido los espermatozoides en un medio generalmente oscuro, estrecho y espeso?

—La cola —me explicó José Manuel—, la zona flagélica es la que les proporciona movilidad, pero con un movimiento característico, que no es el que entendemos como latigazos o coletazos, sino como de tirabuzón o sacacorchos. *Tire-bouchon*, llaman los franceses al sacacorchos.

En esta pesquisa, descubrí que el larguísimo pene de los cerdos adopta en su extremo la forma de *tire-bouchon*, para que los espermatozoides, de por sí con la impronta del tirabuzón, penetren en la gocha todavía con más ahínco y rosca. Y digo más: para la inseminación artificial de estos animales, se utiliza una prótesis de plástico que imita el miembro impar de un verraco.

¿Puede concebirse medio más delicado y simple para progresar en la compleja matriz de las gochas, cuyo flujo vaginal alcanza un número de Reynolds más alto que el de la miel? Lo facilita esta varilla con forma de columna salomónica, y lo consigue con la máxima eficacia pues las hembras quedan preñadas siempre en el primer apareamiento.

El buen oficio no es condición necesaria ni suficiente a la hora de darle vida al proceso creativo y ponerlo en danza; para prosperar en el meloso mundo de la literatura conviene que conozcamos su número de Reynolds; entonces tensaremos y retorceremos adecuadamente nuestro sacacorchos, nuestro *tire-bouchon*, y, con suerte, aunque progresemos sobre un témpano, al Polo gélido y escurridizo daremos alcance. ■

PARA PROSPERAR EN EL MELOSO MUNDO DE LA LITERATURA CONVIENE QUE CONOZCAMOS SU NÚMERO DE REYNOLDS

(☞ página 2) con su sempiterno albornoz a rayas, el pelo largo y algo grasiento recogido con una cinta que le cruza la frente, la barba rala, los ojos hundidos y cercados por una profunda aureola violácea... se presenta ante mí como lo que es: un sórdido autorretrato, una penosa proyección de mis peores tiempos. No me atrevo a mirarle a los ojos.

Me limito a tenderle un post-it en el que he apuntado mi último encargo. Alarga la mano (su gesto es lo bastante lento como para advertir las uñas mordidas, los dedos amarillentos) y lo coge sin preguntar. Dentro de un rato, cuando vuelva a sentarse ante el ordenador y lo lea, mis rápidas notas bastarán para iluminarle, para comprender cabalmente cuanto he imaginado al respecto, lo que he urdido y vislumbrado, y se limitará a ejecutarlo tal y como yo lo haría si dispusiera de aquello de lo que él nunca carecerá: tiempo y tenacidad. Todo su tiempo y toda su ciega tenacidad.

Quizá tarde cuatro, cinco meses (es un encargo algo complejo, pero no muy extenso, una *nouvelle*). Pero le advierto, antes de cerrar la puerta, que esta vez ya no pasaré a recogerlo. Le pido que me lo envíe por correo electrónico, y él asiente, le digo que también le enviaré así mis nuevas notas con próximos encargos. No tengo tiempo, le digo, para visitarlo. Él asiente.

A la vista de estos últimos años, no hay de qué preocuparse. Simplemente algún día dentro de cuatro o cinco meses recibiré un *e-mail* con un manuscrito impecable, grandioso, al que no hará falta retocar ni una coma. Será, palabra por palabra, tal cual lo había previsto. Eso sí: procuraré no imaginármelo enfrascado en la tarea todo ese tiempo, mientras yo me limitaba, simplemente, a vivir. Es su trabajo, como éste el mío.

Por eso el correo electrónico: es aséptico, no huele, no va vestido de albornoz; no es un espejo. De aquí en adelante me limitaré, exclusivamente, a dejarle los cartones de tabaco delante de la puerta.

Al fin y al cabo él no duerme, no come, no va al baño. Sólo fuma y escribe. Así lo imaginé, y así es. Incómodo, algo aterrador, sí; pero muy práctico.

LO MÁS DESCONCERTANTE DEL EMBARAZO PSICOLÓGICO DE MI MUJER FUE QUE, AL CABO DE NUEVE MESES DE VOMITONAS, NÁUSEAS, ANTOJOS MÚLTIPLES Y PROGRESIVA HINCHAZÓN DE PECHOS Y TRIPA, TODO ACABARA BIEN

5. Who's afraid of Virgina Woolf

We could have a baby to keep us awake
The Long Winters, «Medicine cabinet pirate»

Lo más desconcertante del embarazo psicológico de mi mujer fue que, al cabo de nueve meses de vomitonas, náuseas, antojos múltiples y progresiva hinchazón de pechos y tripa, todo acabara bien.

Quiero decir que tuvo un parto psicológico perfecto, que dio a luz a un hermoso bebé psicológico que rondó los cuatro kilos y se parecía (psicológicamente hablando, claro está) a su abuelo materno.

Ayer fue su tercer cumpleaños. Estamos muy ilusionados porque el mes que viene empieza al colegio. Confiamos en que sus nuevos amiguitos aprendan a convivir con él como hemos hecho nosotros. Aunque no lo parezca (él nunca parece nada) es un crío muy sociable. Nos hace mucha compañía, la verdad. Tanto que ambos, mi mujer y yo, hemos dejado nuestros respectivos tratamientos.

En otras palabras, nuestro terapeuta tenía razón: los problemas objetivos suponen un potente ansiolítico natural contra la angustia metafísica. Vaya, que, como se suele decir, este niño vino al mundo con un pan (psicológico) bajo el brazo.

Igual este año vamos por la pareja.

6. El bañista de ultratumba

Estaba tumbado en la toalla, boca abajo, abstraído en el monótono juego que, a pocos pasos de mí, trenzaban y destrenzaban sin descanso las suaves olas de la marea baja. Y entonces, ante mis propias narices, la arena se hundió hasta adoptar la forma de una huella. Y luego otra. Y luego otra más.

7. Sobre los ángeles

Nos propusimos aprender a volar saltando desde lo alto del tejado de un vecino mío de Bañugues. No estuvo mal: del primer salto llegamos hasta aquí.

8. El informático nihilista

Se devanó los sesos buscando el modo de arrastrar la papelera de reciclaje a la papelera de reciclaje. ■

☞ **Jorge Ordaz**

Tres diablos de varia fortuna

(Homenaje a Álvaro Cunqueiro)

Istal. Diablo de alquiler. A él se le adjudica el incidente que tuvo lugar en Oviedo, y del que fue testigo el erudito P. Benito Jerónimo Feijoo. Fue el caso que corría por la capital del Principado la fama de una mujer endemoniada, la cual, según el vulgo, desarrollaba extraños poderes y airosos viajes por encima de los tejados de la ciudad. El prudente Feijoo, cotejando especies, hizo juicio resuelto y sentenció que aquella mujer debía de ser una de las muchas embusteras que se fingen poseídas para turbación de sujetos poco instruidos. De modo que en cuanto tuvo ocasión, Feijoo pasó a probar la superchería y, tomando a la mujer por banda, la inundó de «exorcismos» dichos con gran prosopopeya y gesticulación declamatoria. Al punto que la mujer oyó la lengua de los curas, comenzó a proferir gritos, pidiendo Istal, por boca de la desgraciada, que cesaran ya las exhortaciones. De lo cual concluyó lógicamente el benedictino que no podía haber infestación genuina, antes bien camelo y del malo. Pero he aquí que algunos testigos del suceso dijeron haber escuchado como si alguien dentro de la mujer musitara por lo bajinis, pero claramente: «Vas tú bueno, fraile sabelotodo, si piensas que con estas tosquedades arruinas los embustes y deshaces los engaños», por lo que quedaron bastante mosqueados. Preguntóse con retranca Feijoo si no estaría detrás de ello su acérrimo impugnador D. Salvador José Mañer. Quién sabe.

Namrroel

Diablo transportista, parecido en funciones a Zequiel, pero más rápido. Se halla siempre preparado para transportar por los aires, en viajes relámpago, a su escogida clientela. Los viáticos corren a cargo del beneficiado.

Hubo un tiempo en que se creyó que fue Namrroel el diablo a cuyos lomos se vio volar una vez al beato Raban Mauro, abad de Fulda; y también al monje Gerberto de Aurillac quien, gracias a estos viajes, se dijo que había adquirido el arte de atraer las simpatías de los demás; lo que, en opinión de sus enemigos, mucho le habría de servir a la hora de ser elegido papa.

En cierta ocasión le sucedió al Namrroel que, cruzando velocísimo con mercancía la Europa central, le alcanzó oblicuamente un arcabuzazo, haciéndole tambalear y cayéndosele el cliente —nada menos que el misterioso *herr* Rosenkreutz— en medio del campo de batalla en el que peleaban encarnizadamente los de la Santa Liga Alemana de Maximiliano de Baviera contra los protestantes partidarios del elector palatino Federico, rey de Bohemia. Prendiéronle los protestantes y Rosenkreutz tuvo que hacer valer sus mañas para darles a entender que viajaba aéreo y neutral, en viaje privado de negocios a Damasco, y que pensaba regresar a Marburgo en el día, si el tiempo lo permitía. Hubo grandes risotadas. Desde entonces Namrroel dispone para sus pasajeros de cinturones de seguridad, garantizados.

Balbán

Diablo que, con otros de su especie, se hizo cargo de la joven Magdalena de la Cruz, religiosa del convento de Santa Clara, en Córdoba, a mediados del XVI. La infeliz Magdalena no se dio cuenta de la infestación de Balbán y compañía porque a su edad aún no estaba al tanto de estos asuntos. Magdalena solía macerarse los sentidos con rudísimas disciplinas: dormía en el suelo, oraba de continuo en incómodas posturas y ayunaba durante largos períodos en los que se alimentaba sólo a base de obleas. Además, gozaba de arrobos místicos y tenía revelaciones.

Cuentan que un día, estando Magdalena en su celda, se le ocurrió hacer un agujero del tamaño de un guisante en la pared, y con asombro pudo contemplar el Viático que pasaba solemne por delante del templo de Santa Marina. Otros días vio otras cosas: el saco de Roma en tiempo de Clemente VII Médicis y la batalla de Pavía completa, con la prisión del Francés. Por fin, cuando el Balbán lo consideró oportuno, se decidió a hablar por boca de Magdalena, atribuyéndose la paternidad de tanto prestigio. Fue reclamada por el tribunal del Santo Oficio y en el auto dictaron sentencia, condenando a la monja a permanecer emparedada por el resto de sus días. El caballero extremeño D. Luis de Zapata y de Chaves, de mozo y jineteando por las calles de Córdoba anejas al convento de sor Magdalena, la oyó sollozar tras las tapias de su prisión. De ello nos da Zapata cumplida relación en su variopinta *Miscelánea*. ■

JAVIER DEL RÍO

ALGUNOS TESTIGOS DEL SUCESO DIJERON HABER ESCUCHADO COMO SI ALGUIEN DENTRO DE LA MUJER MUSITARA POR LO BAJINIS, PERO CLARAMENTE: «VAS TÚ BUENO, FRAILE SABELOTODO, SI PIENSAS QUE CON ESTAS TOSQUEDADES ARRUINAS LOS EMBUSTES Y DESHACES LOS ENGAÑOS»

☞ **Antón García**

La llena (Fragmentu)

Les primeres gotes d'agua chiscaron la ciudá de negro. Díes antes empezaran a llegar dalgunes nubes, namás rayines débiles de fumia nun horizonte quietu y llonxanu, que se xuntaben col filín de fumaza espeso de les poques chimenees onde tovía quemaba vida. Depués, per enriba de les cabeces, cerca de losteyaos resecos de los edificios, como si echaren un ancla invisible al mar de les antenes, fueran formándose en cielu burullos de llana apelmazao que s'acumulaben espesando, creciendo, tapando los ventano como si echaren una ancla invisible al mar de les antenes, fueran formándose en cielu burullos de llana apelmazao que s'acumulaben espesando, creciendo, tapando los ventanos d'azul petróleo del firmamentu, hasta que'l mundu quedó pintáu d'un solu color buxo. Toos debieron pensar, mientres apuraben hasta los posos la taza d'un café puro y testo que s'arreglaben pa facer cásique ensin agua, que sería como otres veces, que pasaríen de llargo aquelles nubes y el cielu volvería arder al meudía colos colores puercos, ensuchos y aspaos del estíu permanente en que vivíen. Yá naide sabía lleer nes señales d'aquel cielu negru si amenazaba agua cuando sintieron cayer sobre los teyaos unos goterones restallando como disparos nes planches metáliques coles que fueran remendando les azotees. La lluvia llegó como si viniera de visita, parándose primero extramuros, ensiguida al otru llau de la cai, depués más cerca, enriba yá, hasta que s'abrió la espita y el repicotéu de l'agua sobre la ciudá punxo una música monótona a les voces d'avisu, a los gritos d'allegría. Yera la primer bendición depués de sieglos, y los vieyos que llograran sobrevivir arrastrando la so memoria en zapatíes escaleres arriba y abaxo pelos edificios arruinaos, acarretando en calderos pequeños una mozada d'agua ferruñoso de los suétanos más fondos hasta los pisos principales, namás remembraben mayor aruelu cuando viniera'l rei colos discursos y una corte de flaires como séquitu. Llovía, y xente de toles edaes salía a la cai a empapase, a moyar el polvu acumulao naquellos costazos por tantu tiempu de (página 5 ☞)

☞ **Luis Fernández Roces**

Mañana será un día triste como hoy

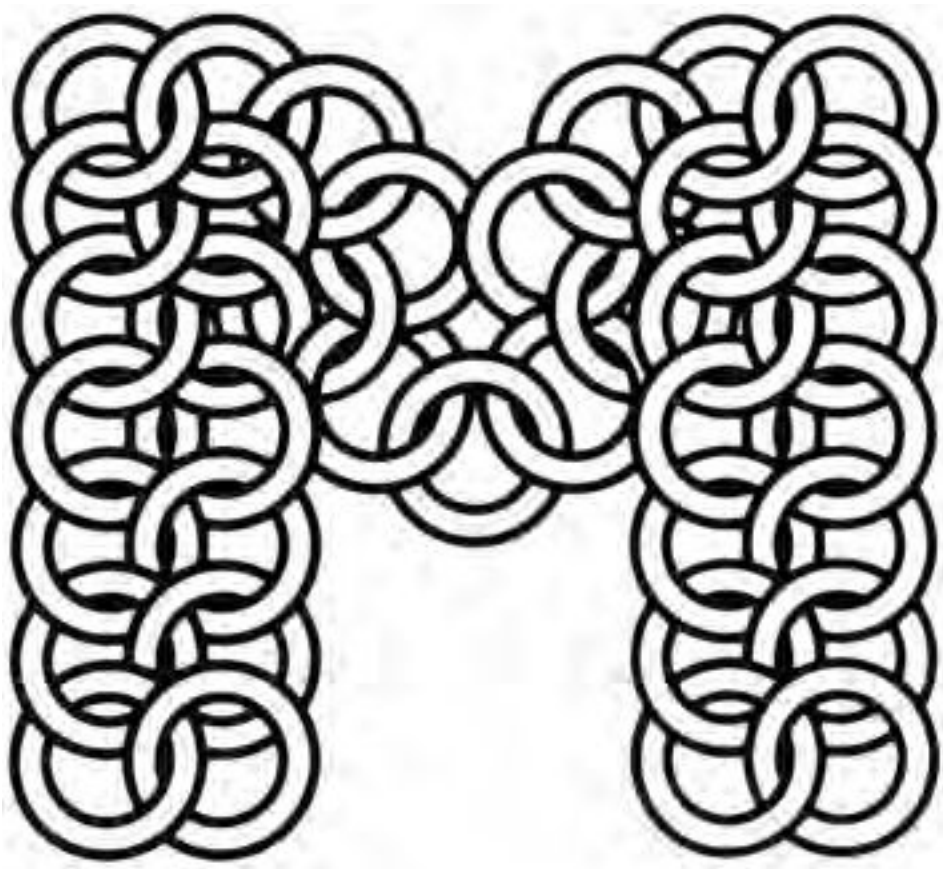
Ya está otra vez esta puñetera mujer pidiendo auxilio. Grita para decir que la maltrato y les pide por favor a quienes la oigan que avisen a la policía. Cierro la ventana, no vaya a ser que alguien desde la calle la tome en serio. Desde luego, no sería la primera vez.

M.A., cuando saco a relucir esta cuestión, hace siempre lo mismo: pedirme que sea paciente, decir que las cosas son así... Puede hablar de paciencia, claro, porque se trata de su madre; pero yo no tengo por qué soportar todo esto.

Confieso que esa mujer, incapaz hoy en día de mirarme sin odio, era, hace unos pocos años, una persona amable y silenciosa, hacia la que llegué a sentir afecto.

Después, al pasar ella a vivir con nosotros, empecé por aguantar, más bien mal que bien, sus manías, y con el tiempo su desapego. Ahora —y le digo a M. A. que hasta cuándo así—, tengo que sufrir sólo Dios sabe cómo, al borde de la cólera, toda su mala voluntad; y sus perrerías.

Desde hace un par de años, más o menos, la tenemos durante el día en una silla ortopédica, sujeta con correas para que no se venga abajo. En realidad soy yo quien la cuida, pues M. A. pasa el día fuera de casa, y ni siquiera viene a la hora del almuerzo. Al volver, bien entrada la tarde, va siempre al cuarto y le pregunta cómo está, y le da muestras exageradas de cariño. Así la cosa es fácil. No lo es tanto, ya lo creo, mi tarea: pelear con ese cuerpo como puedo, y haciendo de tripas corazón limpiar desde evacuaciones y flemas, y qué sé yo qué, hasta lo que se quiera, incluso la dentadura postiza, que luego le dejo en un vaso con agua sobre la mesilla; y aguantar insultos y gritos todo el santo día, y una mirada que me amenaza y acusa; y ello pasa así, aun cuando esa mujer, bien mirado, no es para nada de los míos, por más que sea la madre de M. A.



DESDE HACE UN PAR DE AÑOS, MÁS O MENOS, LA TENEMOS DURANTE EL DÍA EN UNA SILLA ORTOPÉDICA, SUJETA CON CORREAS PARA QUE NO SE VENGA ABAJO

Le tengo dicho mil veces a M.A., y se lo sigo diciendo, que hay que buscarle soluciones al asunto.

—Mira —le advierto—, la cuestión es que ya no puedo más; y así no aguanto...

M. A. no dice nada. Está con la mirada como perdida. Luego, sin moverse, mira hacia mí en un gesto que no sé lo que significa.

Pasado un momento, añado:

—Tenemos que pensar lo del ingreso en una residencia.

No atiende a lo que yo sugiero. Habla de lo que dije antes. Dice:

—Verás, puede que no lo parezca, pero de sobra sé lo mucho que tienes que aguantar.

—Pues si lo sabes, piensa en lo dicho. Toma ya en serio de una vez lo de la residencia —le aconsejo—; que a mí no se me pueden pedir ya más esfuerzos.

—Ya sé que no es tu madre, sino la mía. Ya lo sé —dice.

—Ni siquiera a una madre se le pueden aguantar ciertas cosas. Y yo aquí, pasando por todo —me lamento.

Se limita a llevar las manos a la cara y no contesta; pienso que como siempre. Insisto:

—No sé por qué te niegas a enfrentarte a la verdad de que hay que meterla en una residencia.

—Por Dios —me pide M. A.—, ya que has aguantado hasta ahora, hazlo un poco más.

—¿Sí? ¿Hasta cuándo? —pregunto.

No dice nada. Sólo parece meditar. No sé lo que le puede pasar por la cabeza, pero sé lo que yo pienso y se lo digo:

—Si alguien me lo preguntara, no se me ocurre cómo podría yo explicar por qué sigo aquí todavía.

Me mira fijamente, con sorpresa. Igual que si nunca hubiera esperado que yo pudiese llegar a decir eso. Después, cierra los ojos, baja un poco la cabeza, y no habla. Hasta que, como si yo no hubiese dicho nada, me pregunta sobre algo sin importancia.

—Bueno —digo—, no sé si quise decir lo que dije. Ni siquiera sé lo que me pasa.

—Cambiemos de tema —dice—. Será mejor. Verás...

No dejo que termine. Respondo:

—No sé si quise decir lo de marcharme, pero lo de la residencia quiero repetirlo. Claro que a ti parece darte igual que yo diga una cosa como que diga otra.

De pronto, al abrir yo un armario, caen al suelo libros y papeles.

Los dos nos agachamos a recogerlos. Casi chocan nuestras cabezas, y nuestras miradas se encuentran, una muy cerca de la otra. Ahora sí que cada uno sabe lo que el otro piensa. Ahora sí que los dos estamos de acuerdo en no comentar nada de lo que pensamos. Porque los libros y los papeles son de Fran. O lo fueron, qué más da. Y Fran es nuestro hijo. Pero prefiero no hablar de eso. Y ni siquiera tengo la certeza de que sigamos queriendo a Fran. A lo mejor habría que decir de él, como de los libros, que fue hijo nuestro. El caso es que hay algo que nos hace sentirnos culpables. No sé de qué, ni por qué.

Nos miramos, creo que con dolor, y recogemos en silencio los papeles. Y sin embargo, al oír que dice de pronto no sé qué, tengo la misma sensación que se tiene cuando alguien, que habla con nosotros, quiere cambiar de tema.

Luego, M. A. entra en el cuarto de su madre. Al cabo de un rato, me llama. Dice:

—Me parece que está mojada.

—Sí, tendrás que ayudarme a cambiarle la ropa —digo; y me parece que hablo con resignación y mal humor al mismo tiempo.

Verdaderamente, esto es como para indignarse. Cuando M. A.está presente, siempre pasa lo mismo: que esta odiosa mujer, capaz de escupirme, de insultarme y de arañarme por nada, o de pedir auxilio diciendo que la maltrato, se convierte (página 6 ☞)

(☜ página 4) seca, a enfrescar unos güeyos que yá escaecieran el brillu que gastaba'l color de la humedá. Naide quería perdese l'espectáculu insólitu de les primeres gotes españando contra'l morgazu del suelu, arrebentando sucies depués de facer una pozaca en polvu y espardiendo'l sarriu qu'arrastraran d'un aire que nengún ser vivu s'atrevía yá a respirar. Naide quería quedar a techu nuna ocasión qu'igual tardaba en repetise otros tantos lustros y la xente amontónabase nel mediu de la cai, abrazábase y miraba p'arriba intentando ver, agradecío, el fostaxe del dios de la lluvia que-yos cuspía una y otra vez nes cares barrizoses. Baxo l'agua, los mayores sentíen cómo l'alma se-yos agüelmaba de señaldá recordando aquellos tiempos antiguos nos que les estaciones cumplíen un ciclu anual y a la temporada de nieve y fríu escarchao siguía una primavera de lluvia y brotos, depués un sol que madurecía les tierres y los frutos, y volvía entós l'agua y el mundu preparábase, esnudándose, pa metese otra vuelta na fría cama de l'iviernu. Y el clima, redondu igual qu'una llaranxa, circular como la tapa d'una alcantariella, volvía empezar. ¿Pero cuántu tiempu había que naquella tierra namás teníen una estación, la de la seca? Y agora taba empezando a llover y los más pequeños y hasta los medianos víen cayer aquella albarada asombraos, ensin saber si lo que más-yos llamaba l'atención yera la danza desacompasada cola que los mayores recibíen l'agua, como una tribu enraizada en supersticiones y rituales antiguos qu'olvidara los pasos de baille y tuviera qu'improvisar, o la sensación nueva que-yos pingaba sobre les cabeces, ensin saber mui bien d'ónde, porque nunca aquellos nenos sintieran sobre'l cuerpu'l líquidu de la lluvia y taben experimentando per primer vegada la sensación irreal que vivieran de mentira tantes veces mirando películes vieyes. Los que taben ellí vieron salir al balcón de ceremonia l'ayuntamientu enteru vistíu de gala trafallonamente, colos doraos de la ropa yá un poco ferruñentos, les plumes del sombreru espovisaes, el paletó esmaltao al que-y faltaben dalgunes medalles importantes, les botes esfamiaes. Los qu'había na plaza mirando'l cielu vieron cómo se colocaba nel balcón de ceremonia'l consistoriu tou que sobreviviera al tiempu de la seca, cinco o seis ancianos yá poco venerables, y ellí mesmu l'alcaldesa en persona, que yá lo yera cuando vieno'l rei, desempolvó'l discursu antigu de cuando la nomaran, de tantu tiempu atrás que la llingua cambiara y había frases enteres naquel papel sobáu que los más mozos nun entendíen. Pero lo importante yera dicir dalgo en tan notable instante, col bastón de mandu nuna mano (una guiyada de pastor recamada de metal dorao y pedrería), y la llave d'oru d'una ciudá yá ensin puertes que l'alcaldesa garraba ridículamente col dedu monín; empezó la ilustrísima y tristísma señora, con una voz que dacuando fuera tonante y agora yera un filín del que-y colgaba la vieyera, a lleer les promeses d'un tiempu inmemorial, ufiertes que nun cumpliera nin diba yá a cumplir, anque daba lo mesmo porque los goterones mayaben sobre'l tambor de los coches estripaos qu'aferruñaben olvidaos peles cais, sobre los plápodres s, recibarte de los caosona cai, sobre los plcomo una tribu enraizada en supersticiones animistes, recibarte de los caososticos podres qu'anubríen la ciudá per toes partes, y naide yera a escuchar nada d'aquel discursu. ■

(☛ página 5) de pronto en una viejecita pacífica y encantadora, que no deja de sonreír agradecida. Y lo peor de todo, me digo, es que M. A. la cree a ella tanto como a mí, si no más. De seguro que ahora mismo piensa que exagero cuando le hablo de los insultos de su madre, y de lo agresiva que se muestra conmigo.

Si bien lo pienso, el que M. A. no se preocupe de animarme no me resulta raro. Es precisamente eso, sin embargo, entre todo lo que va mal en nuestra relación, lo que me duele más; pero lo que no puedo perdonarle es la indiferencia ante la vida que llevo.

Cuando le digo que esta situación, atendiendo a su madre en el aire maloliente del cuarto, y sin respiro a las otras labores de la casa, además de dejarme sin fuerzas va a llevarme a la locura, casi ni me contesta; o lo hace, en cualquier caso, más bien con desgana.

A veces me pongo a pensar en lo que tengo que decirle a M. A. Luego, me digo que total para qué, pues no merece la pena sacar a relucir lo que no tiene arreglo. Sólo hay dos soluciones por delante: o aguantar lo inaguantable, la carga de atender a esa vieja malévola con M. A. encogiéndose de hombros, o dar de una vez un portazo y dejarlo todo; olvidarse de todo, hasta de Fran. Me pregunto si no será sólo una cuestión de tiempo; pues al final, a no ser que me falte el valor, puede no quedarme más salida que la segunda.

Antes, hace años ya, claro, cuando M. A. llegaba del trabajo, la casa cobraba vida. Después, todo se fue haciendo viejo, hasta nuestras relaciones; y más tarde, al traer a su madre a vivir con nosotros, las cosas empezaron a ser como ahora son: insoportables.

A decir verdad, parece que nos hemos quedado, a pesar de esa mujer en la silla, sin nada de lo que hablar. Ni siquiera somos capaces de tener, pero de manera definitiva, esa conversación ya inaplazable. Porque siempre hemos dejado para luego decisiones que no pueden esperar. Hemos convertido nuestra relación en algo como provisional. Y entre nosotros, para decirlo sin más, cualquier esperanza parece imposible. A lo mejor, también tengo yo algo de culpa en esto. Pero, en todo caso, es M. A. quien no hace nada por mejorar las cosas.

Desde luego, M. A. ha dejado de ser la persona con la que me casé. Supongo que M. A. pensará lo mismo de mí. Alguna vez, me pregunto cómo podríamos empezar de nuevo. Pero mientras esa mujer siga en medio de nuestras vidas, eso será imposible.

Ni siquiera sé si puedo preguntarme qué fue de nuestro amor. Pienso que hace ya mucho que no nos abrazamos, y cuestiones así. Hasta que me digo que, por lo demás y sin remedio, las cosas aquí no van a cambiar nada; esto es, que yo seguiré cuidando a esta mujer todo el tiempo, mientras M. A. hace fuera su trabajo. Estamos juntos unas horas, pero como si no; quiero decir no compartiendo nada, sino cada uno en sus asuntos, y a veces hasta sin cruzar palabra. Y al terminar el día, si esa mujer duerme bien con la dosis doble de somnífero que en secreto le doy, M. A. y yo nos metemos en la cama. M. A. fuma su último pitillo, sin que le importe, al parecer, que el humo pueda molestarme. Y luego, sin más, espalda contra espalda, nos ponemos a dormir; o simulamos hacerlo.

Acaba de sonar el timbre del portal. Han sido dos toques cortos y uno largo, de modo que sé, antes de contestar por el teléfono interior, que es M. A., claro, quien llama.

—Soy yo, abre —dice M. A.—. Es que no tengo llaves. Abre.

Pero sí que tiene llaves. Cuando llama como lo ha hecho, yo sé que es un aviso, y que viene con alguna compañía. Me está diciendo que ordene un poco la casa a toda prisa, que tenemos visita.

No puedo evitar el mal humor, y me dan ganas de dejar la ropa interior en el tendal de la cocina, y los trapos del polvo sobre el sofá, y esas cosas fuera de sitio, por ahí sin recoger.

Pero, como siempre, lo quito todo de en medio, diciendo para mí que es la última vez que lo hago, que la próxima dejo aquí a M. A. con su madre y desaparezco.

Ya están aquí. M. A. golpea con los nudillos en la puerta del piso. Al abrir, veo con M. A. a Lina y a su marido. Me saludan, con gestos fuera de lugar, y me besan. Después, ya en la salita, sin tiempo para nada, ni para echar un vistazo, los dos a un tiempo dicen que tenemos una casa que está muy bien.

—Los encontré abajo. Los convencí para que subieran, aunque fuera sólo un momento —dice M. A., dirigiéndose a mí.

Me pregunto para mis adentros por qué tengo yo que aguantar a este par de pelmazos, y a todos los que como a ellos invita M. A. Acaba de preguntarles si quieren picar algo. Dicen que no, pero como indecisos. Y en cuanto M. A. insiste, no dudan en contestar que bueno, aparentando resignarse.

M. A. me pregunta si puedo preparar alguna cosa. Digo que sí. Sonrío y entro en la cocina. Poco después entra M. A., que ha dejado a sus amigos en la salita. Yo ya no sonrío, y miro de mal humor a M. A.

—La verdad es que casi se han invitado ellos mismos. No iba a decirles que no subiesen —me dice en voz muy baja.

No contesto. Me pregunta qué tal pasó el día su madre, y le digo que como siempre. M. A. vuelve a la salita, y yo empiezo a cortar jamón y queso. Abro un tarro de frutos secos y preparo una ensalada. Estoy pensando qué más podría preparar. Viene de nuevo M. A. a la cocina, para decirme que les gusta mucho la carne de cangrejo.

—Puedes añadirla ahí —me dice señalando la ensalada.

Después, me sugiere que sería mejor comer aquí en la cocina. Sin esperar a que yo conteste, los llama y les dice que se sienten, y me pregunta qué mantel pone en la mesa.

Están ya comiendo cuando suenan los golpes. Son bastonazos en el suelo de madera.

—Es mi madre —dice M. A., y se levanta. Los golpes cesan, pero M. A. tarda un poco en volver. Les pregunto a estos dos mientras tanto si al final van a tomar un café. Me dicen que sí y empiezo a prepararlo.

Tenía que suceder. Me lo estaba temiendo y así fue. Esta presumida acaba de sacar a colación, sin venir al caso, las buenas cualidades del hijo. Habla de sus éxitos en los estudios, de no sé qué máster, del doctorado, y mil cosas. Tiene una sonrisa tonta, y no cabe en sí cuando dice, mientras el marido asiente:

—Tuvimos mucha suerte con él. Es extraordinario en todos los sentidos. Pero, claro —y aquí se pone seria, aparentando que M. A. y yo le damos lástima—, no siempre las cosas son así, bueno...

Me miran los dos. Me están preguntando sin decirme nada. Por qué no lo hacen de una vez, por qué no hablan claramente de Fran. Comenta ella luego de repente, sin más, como si hubiéramos hablado de Fran todo el tiempo:

—Mira, en un caso como el vuestro la culpa no es de nadie...

Siento una gran rabia. Me dan ganas de golpear a esa zorra. Doy una disculpa y salgo de la cocina. Oigo los bastonazos de la madre de M. A., pero no les hago caso. Y voy a la habitación, y me encierro.

Además de rabia, siento pena. Y mientras digo para mí que odio a M. A., y a ese par de amigos suyos, y a la madre de M. A., miro nuestra cama de siempre y me parece abandonada y fría. Así seguirá cuando M. A. y yo nos acostemos. Lo haremos después de haber dejado en la cama también a la madre de M. A., y de haber recogido yo todo ese lío que tengo en la cocina.

Espalda contra espalda, intentaremos dormir, pensando los dos a lo mejor en Fran, en su mirada ausente, y en cómo le temblaban las manos la última vez que lo vimos.

Me parece que M. A. está ya dormida. Yo estoy nervioso y desvelado. Me digo que mañana he de hablar con M. A., definitivamente. Pero ella marchará a su trabajo y yo quedaré aquí, cada vez más cansado de esta casa y de esa mujer en la silla.

Y cuando ella vuelva, entrada ya la tarde, no va a pasar más que lo de siempre. Yo seguiré pensando en dejarlo todo. Pero sólo estoy seguro de que mañana será un día triste como hoy. ■

☞ **Xandru Fernández**

Los tos besos, los mios tumores

los mios tumores que son como figos secos, como cebolles rellenes, como marmiellos talludos. Espolleten que da gloria velos, conquistando les mios zones más íntimes, ensin nengún pudor, arguyosos y firmes. A lo primero dábente repilu, abríes esos güeyos horrorizaos, yo comprendíalo, envolvíame nes sábanes, metía la cabeza embaxo les sábanes pa refocilame nel golor del mio cuerpu en descomposición y de pasu esperar a que marchares, esperar a que fuxeres col espantu pintáu nel rostru. Sólo que nun fuxisti. Llamasti a los doctores, y ellos esperimentaron, diagnosticaron, recetaron. En devanéu. Nun se conocía l'orixe de la mio enfermedá. Propiamente, naide nun se pon malu actualmente, la última enfermedá de la que se tien noticia foi vencida a primeros del quintu mileniu, estúdiase na escuela, igual que la última guerra, l'últimu terremotu, la última dictadura militar. La última enfermedá. Foi un casu de sarapicu nerviosu que punxo mui nerviosos a los estrategues, conocíase que confiaben tovía mui poco nel nuevu orde global, nes sos capacidaes pa gobernar el mundu. Debe ser por eso que tovía güei s'estudia medicina nes escueles, y eso qu'hasta que tu los llamasti nengún d'esos doctores exerciera realmente, víaselos apolmonaos, escitaos, avergoñaos, too al mesmu tiempu. Qué pruyidera. Y too por acio de los mios tumores que, bien mirao, nun son pa tanto, qué más da, morrer la xente muerre igual agora qu'hai dos mil años, la única diferencia ye facelo con dolor o ensin dolor, agora yá naide nun muerre ente dolores d'espantu pidiendo a gritos morrer d'una vegada, agora toos muerren sele, ensin esparabanes, arrodiaos de xente feliz y felices ellos mesmos. Yo voi ser una escepción. Yo toi siendo una escepción. Nun me pon especialmente contentu que'l mio casu tea destináu a figurar nos planes d'estudiu del futuru, pero cuento con que seya asina, espero que nun se-yos ocurra a los estrategues echar tierra enriba l'asuntu, echame tierra enriba, echar van echámela de toes toes, pero que nun se-yos ocurra, digo, ocultar el mio casu, facer como que nun esistí, como que nun esistieron, los mios tumores. Que s'anoven cada día que pasa y espoxiguen cada hora que trescurre. Asina tenía que ser col to terror, que fuera medrando y convirtiéndose nuna seña d'identidá tuya, una más, pero en cuenta d'ello fuisti y llamasti a los doctores, ocupástite de too, como se suel dicir, y pa enriba d'ello decidisti qu'aquella medicina fósil yera un cuentu, y yéralo, y que nun funcionaba, y realmente nun funcionaba, y mandasti a los doctores al mesmu sacu del que salieren anque usasti otru verbu relacionáu colos sacos, y mandástilos a rascase lliteralmente'l culu anque usasti otru verbu, el mesmu d'enantes, relacionáu colos culos. Y declarástime otra vuelta'l to amor, incondicional, eso sí, porque un amor condicional ye un amor hipotéticu y esti vien verificáu pola esperiencia, pola arguyosa y firme esperiencia de los mios tumores, preba científica, si equí la ciencia pintara daqué, tu dicíes que la ciencia nun m'ayudaba, que sólo tu dibes ayudame, y yo dexábate, dexábate que lo intentares, y como'l sapu quedaba enroscáu equí embaxo les sábanes mientres que tu sentabes a la vera la cama y xuxuriabes que saliera, y yo nun salía, pa qué diba salir si nun dibes asustate, pa qué diba dexame ver si xustamente la reacción que yo esperaba enxamás nun se producía, nun t'axorizaba nada, nada nun te facía temblar. Llegabes, llegues, nun sé si llegarás, llegues en tou casu y empieces sal, anda, mira, mira pa min, güei vistístite d'una manera especial, siempres te vistes d'una manera especial o cenciellamente nun te vistes, esperes a qu'asome'l pescuezu, porque acabo asomando, y pases los húmidos deos percima la mio piel escamoso, y beses esos tueros enllenos de venes y postielles que nun reconozo como propios, pero que lo son, a ver si non, qué risa qu'al final nun fueren míos, y beses esos marmiellos talludos, qué ricos, eses cebolles rellenes, qué riques, esos figos secos, qué dulces, y nel to rostru apruz sinceramente'l placer, nunca'l terror, enxamás l'ascu, y yo espero, cuasi ensin respirar, sabiendo lo que va pasar anque nun te lo diga, anque nun lo sospeches, espero a que marches sabiendo que, namás facelo, nel puntu esactu onde besasti, nel llugar precisu onde los tos llabios dexaron un besu, va brotar invencible un nuevu tumor que mañana tu vas volver a besar cola mesma ardicia ensin saber que, al facelo, vas facelu espoxigar aínda más, igual que lo fixisti colos otros, con toos esos cáncanos, con toos esos frutos de los tos besos, ■

☞ José Antonio Mases

Las azaleas

Cuarenta años de matrimonio no han sido suficientes como para erosionar una trabazón sentimental sólo perturbada, desde luego, por leves menoscabos, mermas o quebrantos connaturales a la vida familiar en común, sin más alcance que un desencuentro pasajero a la hora de salir o no salir a dar un paseo o el fútil enfurruñamiento a costa de la discrepancia sobre las propiedades de una camisa o una corbata, elegantísimas para ella y de colores muy llamativos para él. A lo largo de su aventura conyugal nunca se interpuso entre ellos azar alguno que desencadenara deslealtades, en particular las eróticas, en una convivencia rutinaria y, a la vez, renovada año tras año, en la que sólo se producían pequeños enojos, leves desabrimientos y ciertas disparidades de criterio en torno a un suceso cualquiera, a un trance de resolución equívoca o al encauzamiento idóneo en la crianza de su hija.

Aparte de estas mínimas disensiones y, sobre todo, a pesar del asunto de las azaleas, Elisa y Martín formaban una pareja feliz. Él se liberó del bufete al que había permanecido atado a lo largo de más de un cuarto de siglo, ganó en carnes, perdió en pelo y, ya consagrado a compartir el descanso de la jubilación con pequeños menesteres domésticos, desde entonces se dedicó a subir diariamente el pan y el periódico, e incluso llegaba a mostrarse muy solícito cuando la mujer, ocasionalmente, le apremiaba para que volviera al súper de la esquina en busca del sobre de azafrán que él había olvidado. «Se me está olvidando todo, querida». Tras la reparadora siesta que, a su pesar, le suele malograr el telediario, Martín acude puntualmente a la partida de dominó y, ya de vuelta a casa, se echa al bolsillo el cucurucho de pistachos, que Elisa recibe con una sonrisa y que ambos comparten, persuadidos de que la tiamina del fruto acabará enfrentándose a las lagunas que con incómoda recurrencia empiezan a borrarles —sobre todo, a él— muchas cosas almacenadas en la memoria.

Cuando se acomodan en la salita, y ya a punto de dejarse vencer por las primeras cabezadas, ella, que en más de una ocasión trajina en sueños con la cuestión de las azaleas, suele recordar que tiene que pedir hora en la peluquería, y que después subirá espuma de jabón de afeitar, porque a él siempre se le olvida y, además, necesita comprar un tubo de 'trombocid forte' para untarse, frotando con mucho cuidado, sobre las varices de las piernas. Él pregunta si han llamado los nietos. «No, hoy no han llamado». Y Martín se ha arrellanado en el sillón y se ha quitado las gafas. «Me duele un poco la cabeza». «A ver si te sube la tensión». «Deja, vamos a descansar un rato», dice el hombre.

El acontecer ordinario del matrimonio se quiebra satisfactoriamente cada domingo, día en que tienen paella en casa de su hija. «Riquísima, cariño». «Sírvete un poco más, papá, que has comido muy poco». A los niños les encanta el mousse. «¿Cómo lo preparas, hija? Está riquísimo». «Como siempre, mamá, ya te lo he explicado muchas veces: leche condensada, yogur y una cáscara de limón». Y, a media tarde, tras la infusión de manzanilla demandada por el padre, y el regalo del frasco de colonia fresca, con perfume de lavanda, recibido por la madre, los sonoros besuqueos de hija, yerno y nietos despiden a los dos ancianos. «Toma, caballerito», y los golosos ojos del niño acribillan el billete de cinco euros. «No le dés dinero al crío, papá, por favor, eso no me gusta». «Repártelo con tu hermanita», dice el abuelo Martín.

Pero muchos años antes ocurrió lo de las azaleas. Elisa se obstinaba en llevarse a la terraza una de aquellas plantas y, cada vez que ella y su esposo pasaban frente al escaparate de la floristería, se le iba la mirada hacia los fulgurantes racimos de flores rosadas, blancas y rojas, arropadas por hojas verdes, muy brillantes. «Me gustan las rosadas, Martín». Y él sentía aversión por las plantas. Por todas, y casi enfermizamente. Estaba resuelto a oponerse al capricho de su esposa. «Atraen insectos, Elisa; se llenan de larvas, de pulgones, de hormigas. Y esos insectos piruetean, emponzoñan el aire y se introducen en casa, maleando ropas y alimentos. Por eso, y por otras razones, no nos convienen las azaleas, Elisa». Ella no se rendía, perseveraba en su propósito de vencer los prejuicios del hombre y, persuadida de que al final los derrotaría, imaginaba la gallardía de una gran maceta artesanal de barro —el de mejor drenaje— colocada en el más iluminado lugar de la terraza, sin que recibiera la luz de frente, expandiendo los fogonazos de las flores de azalea de color de rosa y bien regada con agua de lluvia. Martín no cejaba: «Elisa, querida, hay algo más: recuerda que la miel de azalea es venenosa para los seres humanos, mientras que es inofensiva para los insectos». «Me duele tener que llevarte la contraria, Martín, pero yo no creo en esas cosas. Las azaleas son maravillosas». «No me gustan, y con eso basta». La mujer advirtió una hosquedad muy desapacible, hasta entonces desconocida, en el áspero tono de voz con que él remataba las palabras desaprobatorias.

Sin embargo, seguía volviendo a casa con el cucurucho de pistachos para picotear a dúo entre horas. Y en más de una ocasión sorprendía a la mujer en la terraza. Vista de espaldas, sin que ella se percatara de que su esposo la observaba, a él le resultaba muy fácil adivinar que, a tenor de las miradas que la mujer repartía entre la repisa vacante y el desmesurado espacio del que se derramaba la luz del sol, en aquellos momentos no parecía ocuparse más que de considerar hacia sus adentros las virtudes de aquel emplazamiento como las idóneas para que sus ansiadas azaleas quedaran algún día definitivamente entronizadas allí. Y seguía inquietándole la testarudez que su esposa mostraba por satisfacerse el capricho de contar con unas plantas sin duda hermosas, pero repugnantes.

Nadie podía predecir que tanto los escrúpulos de Martín como el desorbitado antojo de Elisa se convirtieran en móvil de la única disensión seria de pareceres en un matrimonio tan bien avenido como el que ambos formaban. Y, sin otros motivos que hubieran podido alterar la armonía en la vida de los dos ancianos, subsistió durante durante mucho tiempo aquel estado de insatisfacción a causa de la planta que uno de ellos apetecía y que el otro impugnaba.

La situación desembocó, sin embargo, en un desenlace tan rudo como inesperado. Y los hechos sobrevenidos se convirtieron en la mejor señal para entender la razón y el significado del amor que anudaba la existencia de la pareja. Un día, mientras la mujer preparaba el desayuno —leche desnatada, descafeinado, sacarina y cinco galletas maría para cada uno—, escuchó la voz. Era la misma de todos los días, pero se dejaba oír como una voz nueva. Aquel sonido intempestivo articuló dos o tres palabras trastabilladas y, cuando Elisa se asomó al hueco del pasillo, encontró allí a su esposo. Se había quedado inmóvil, como petrificado, las manos tanteando la pared, acaso como queriendo atravesarla. «¿Qué haces, Martín?». «La cocina», balbuceó él.

Telefoneó a su hija, y decidieron hablar con el médico. Por suerte para todos, el doctor era amigo de la familia, y las palabras usuales en casos similares tuvieron esta vez el atenuante de la proximidad y la confianza. Al doctor no le fue posible esquivar la relevancia del diagnóstico, y madre e hija recibieron la gravedad de la noticia, aunque suavizada suavizada en un simulacro de miradas clementes y augurios confortantes, de modo que la afirmación pesimista no quedó exenta de un soplo de esperanza. A partir de estos momentos, y con una celeridad que desató la alarma familiar, el viejo letrado cambió de humor, desde la templanza a la acritud, y día a día se fue haciendo más notoria su desorientación a la hora de intentar un razonamiento, por elemental que fuese. Se negó a salir de casa, y a su dificultad para comunicarse se sumaron los impedimentos del habla: no remataba la pronunciación de ciertos vocablos, por sencillos que fueran, y acabó inventando unas palabras que nadie entendía, salvo que fueran acompañadas de gestos y ademanes que sugirieran la noción de hambre, sed, dolor o la necesidad de evacuación corporal. Dejó de comer por propia mano y quedó imposibilitado de vestirse y asearse por su cuenta. «Mamá, a partir de mañana te va a ayudar un joven que conozco. Y nos tienes a nosotros, mami...». «Hija, cariño, tu pobre padre...».

ELISA SE OBSTINABA EN LLEVARSE A LA TERRAZA UNA DE AQUELLAS PLANTAS Y, CADA VEZ QUE ELLA Y SU ESPOSO PASABAN FRENTE AL ESCAPARATE DE LA FLORISTERÍA, SE LE IBA LA MIRADA HACIA LOS FULGURANTES RACIMOS DE FLORES ROSADAS, BLANCAS Y ROJAS, ARROPADAS POR HOJAS VERDES, MUY BRILLANTES. «ME GUSTAN LAS ROSADAS, MARTÍN». Y ÉL SENTÍA AVERSIÓN POR LAS PLANTAS

Una mañana lo sentaron en la terraza, al lado de la repisa donde pudo haber sido emplazada la gran maceta artesanal de barro que jamás pudo lucir al aire, al sol y a los ojos enamorados de Elisa, un racimo de azaleas rosadas. Hubo, eso sí, unos instantes de aquel único día en que la mirada perdida de Martín se detenía en la soledad de la repisa vacía y buscaba después la figura de su esposa, la mujer que ya no soñaba con flores, pero que aún se sentía propensa a reprimir una lágrima por ellas. ■

LOS EDITORES ASTURIA

TREA

Paracaidistas

Chus Fernández

120 pp. • 15 €

Todo niño es un extraño encerrado en un mundo que no entiende. Un mundo poblado por palabras cuyo significado desconoce y regido por una serie de reglas que nadie se ha detenido a explicarle. Un mundo en el que el instinto es la única herramienta para salir adelante y donde cada cual tiene

que ingeniárselas y fabricar su propio paracaídas, por si algún día se ve obligado a saltar por la ventana de algún edificio en llamas para evitar verse arrastrado por el desastre.

La cama

Vanessa Gutiérrez

72 pp. • 10 €

En esta obra Vanessa Gutiérrez afronta un viaje contra el tiempo en el que la cama es el símbolo del matriarcado como una serie de normas y exigencias que pesan sobre una mujer al descubierto en una sociedad completamente distinta a la que alumbró esas normas; con más libertad y, por tanto, más desvalida, obligada a construir su identidad con herramientas pensadas para otra época y, en definitiva, para otra persona. De Vanessa Gutiérrez Trea ha publicado igualmente su poemario *La quema*.

La mirada aliella/La mirada atenta

Antón García

Asturiano-castellano

176 pp. • 16 €

La obra de Antón García ocupa un lugar central en la poesía contemporánea de Asturias, tanto en la escrita en la propia lengua asturiana, que es la suya, como en castellano. Esta antología bilingüe presenta al lector una de las más indiscutibles y canónicas voces del Surdimientu, el movimiento de renovación sin precedentes que sacó a la exangüe literatura en lengua asturiana de una agonía de siglos y que cuenta con los mismos años que nuestra existencia democrática.

Libro segundo

Luis Muñiz

88 pp. • 12 €

Una escritura experimental que, no obstante, aspire a construir, a fundar, y que asuma la imperfección como valor inherente, si no a la poesía, sí al menos al trabajo que conduce a ella, siempre más excitante que el hallazgo codificado. El experimento, pues, más que su resultado. O un experimento que esté dispuesto a aceptar cualquier resultado. Pero que crezca sin traicionar las premisas de partida. O que, mientras avanza, las esquive, igual que la vida sigue su camino sin nosotros, ignorándonos. Así, también, en esta obra de Luis Muñiz, en la que el autor da fe de que la poesía tiene más de secreción corporal que de ilusión lingüística.

KRK

Antropología de Asturias, II: El cambio, la imagen invertida del otro

Adolfo García Martínez

488 pp. • 40 €

La sociedad rural asturiana vive un proceso de cambio en el que se da la espalda a una tradición, conformada durante cientos de años, a pesar de que posee muchos aspectos valiosos que merecen ser recuperados y conservados. En esta

obra se analizan las razones que explican el cambio sufrido por esa sociedad, los factores desencadenantes y las consecuencias que ha provocado: despoblación, soltería masculina, emigración masiva de las mujeres, abandono del campo y vejez. Culmina con una reflexión acerca del patrimonio que constituye la cultura tradicional y la necesidad de conservarlo. También aporta ideas sobre cómo encarar el futuro desde el empeño en recuperar lo que de valioso tiene la cultura tradicional, convencido de que la conservación marca el camino para lograr que la cultura tradicional sea patrimonio de futuro.

La razón siempre a salvo

Vidal Peña

864 pp. • 45 €

Vidal Peña es uno de los filósofos más reputados del panorama español. Este volumen recoge una antología de su obra efectuada por el mismo autor. Los artículos que la integran tratan sobre cuestiones centrales de la filosofía y sobre las relaciones que esta disciplina mantiene con la literatura y con la música. También incluye reflexiones sobre la percepción de la filosofía en el momento actual, sin eludir cuestiones polémicas y, por supuesto, la gran afición del autor, la ópera y el canto. El lector encontrará aunados el rigor del investigador con la mirada irónica del escéptico, la filosofía mundana del aficionado a la ópera con la académica del catedrático, la lucidez del pensador y la pluma precisa y sobria del latinista.

La guerra civil en Sariego

Florencio Friera

544 pp. • 24,95 €

El interés por averiguar lo que sucedió durante la guerra civil española en el concejo de Sariego origina este libro, una obra de historia local que pretende demostrar cómo los hechos generales se concretan en lugares y personas de nuestro entorno, unos setenta años después de que la guerra civil hubiera terminado en Asturias. Al recuerdo de personas que vivieron aquella trágica experiencia se une la consulta de documentos procedentes de los dos bandos de la contienda con el fin de cultivar —lo más

desapasionadamente posible— la memoria, puesto que los ciudadanos tenemos derecho a conocer nuestra propia historia. Aunque nos duela.

Obra completa, V. Edad Moderna y Contemporánea

Juan Uría Ríu

Edición de Juan Uría Maqua. Prólogo de Gustavo Bueno Martínez

832 pp. • 49,95 €

Don Juan Uría Ríu era un auténtico historiador y hombre de mundo y, sin perjuicio de su erudición, no era nada «especialista», lo que hace que en su obra se aúnen el rigor con la amenidad. Este volumen quinto de sus Obras completas, dedicado a estudios de historia moderna y contemporánea, incluye estudios sobre el viaje de Carlos I por Asturias, la participación de Asturias en la guerra de las Comunidades de Castilla, Juan Pérez Busto, defensor de Manila contra los ingleses en 1762, Asturias en la segunda mitad del siglo xviii, o, dentro de la historia contemporánea, ocupada aquí, prácticamente, por la magnífica serie de trabajos sobre Álvaro Flórez Estrada.

TRABE

Palabres d'un tiempu

Pablo Rodríguez Alonso

Premiu Nené Losada Rico 2010

54 pp. • 7 €

Segundu poemariu del autor, Palabres d'un tiempu ye una obra de madurez, de palabra pausada, pero inquietante. Abren el llibru versos precisos de quien s'enfrenta a la vida adulta consciente de que les palabres d'esti tiempu son palabres mayores, lloñe de les rises y l'esfrute de la neñez: son palabres d'un tiempu «fatigáu d'esperances». La desolación de la vida adulta, de la muerte de la madre o del amor como pasáu o como presente desgarrador andulien los versos apotaos y firmes d'esti poemariu.

Aquella xente nun sabía aú llevaben les carreteres xunta les que vivíen

Héctor Pérez Iglesias

Premiu Elvira Castañón 2010

68 pp. • 7 €

Esti llibru ye quiciabes el poemariu más heterodoxu, plural y diversu d'Héctor Pérez Iglesias. Dividíu en cuatro partes, «Cosmogoníes», «Nocturnos», «Estielles» y «Rumbos», aliméntase de versos llargos de reminiscencies bíbliques y poemes onde la imaxe surrealista apodera los versos. Nun falten tampoco aquellos otros más figurativos que vinieron alimentando los poemarios anteriores del autor o'l poema que bancia pa lo visual y esperimental.

Ensin salir de casa

Ánxel Álvarez Llano

Premiu Fernán-Coronas 2010

58 pp. • 7 €

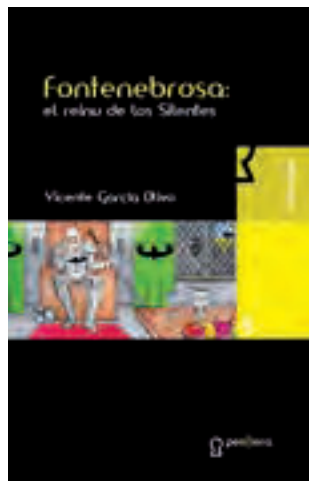
Ensin salir de casa ye un viaxe pel tiempu, pela memoria pero tamién pel escaezu. Un viaxe vital que va del ayeri al futuru ensin salir de casa en versos qu'abelluguen la infancia y el cariñu perdíos nun valle de nublina y cielos turbios. Con voz posada, Ánxel Álvarez Llano contrúi un poemariu d'apariencia cenciella, con un llinguaxe pulío, onde nada falta nin ta de más nada.

Fontenebrosa: el reinu de los silentes

Vicente García Oliva

126 pp. • 10 €

Goyo recibe un día un mensaxe del padre, al que contaba muertu, onde-y pide ayuda. Asina empieza la gran aven-



tura, la busca d'un llugar que llamen Fontenebrosa y la llucha pola propia llibertá y pola liberación d'un pueblu sometíu a la tiranía de Rodolfo, el Señor del Ferre. *Fontenebrosa* ye la primer novela xuvenil de la lliteratura asturiana. Publicada per primer vez nel 1984 (Comuña) y nel 1992 (Ediciones Trabe), esta ye la tercer edición, que fala bien claro del so éxitu.

PINTAR PINTAR

Lleva un libro en la maleta

TEXTO

Virginia Read Escobal

ILUSTRACIÓN

Lucía Sforza

40 pp. • 14,50 €

Lleva un libro en la maleta es un libro, pero también es una Asociación que hace llegar otros libros a las escuelas de República Dominicana. La escritora Virginia Read nos cuenta la historia de Yaniris; su llegada a España cuando era muy pequeña y sus recuerdos: las flores rojas del flamboyán, los jugosos mangos y la biblioteca con los estantes casi vacíos de su antigua escuela en Hatillo. Por eso, ahora que vuelve con su familia de vacaciones, decide que el mejor regalo que puede llevar no son chucherías o ropa, sino un libro: un libro en su maleta.

ANOS RECOMIENDAN...

Loles

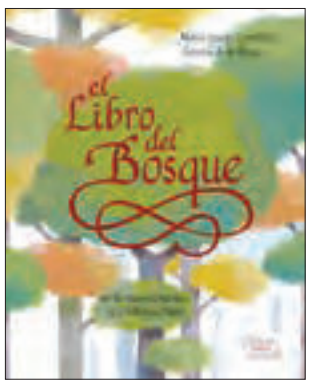
TEXTO
AURELIO GONZÁLEZ OVIES
ILUSTRACIÓN
JULIO ANTONIO BLASCO
Disponible en castellano y asturiano
40 pp. • 13,50 €

El poeta asturiano Aurelio González Ovies dedica este álbum ilustrado «A todos los que sueñan en las engañosas verdades de la literatura». Un álbum ilustrado para todos los que aman la literatura, la escritura y especialmente, la poesía. Premiado en los Anuaria 2011 del diseño gráfico español.

El libro del bosque

TEXTO
MARÍA JOSEFA CANELLADA
ILUSTRACIÓN
SANDRA DE LA PRADA
Disponible en castellano y asturiano
56 pp. • 15 €

Primera entrega de un clásico de la literatura infantil asturiana, escrito por María Josefa Canellada y editado inicialmente en 1944 por la editorial madrileña Orión. Esta nueva edición, con formato de álbum ilustrado, respeta el texto ori-



ginal, incluye nuevas ilustraciones y una reseña de Alonso Zamora Canellada, hijo de la escritora. En el 2012 se editará la siguiente historia, titulada *Suca y el oso.*

Antón quería ser porteru

TEXTO
DAVID Y XURDE FERNÁNDEZ
ILUSTRACIÓN
FRANCISCO PIMIANGO
24 pp. • 12 €

«Antón tenía seis años y quería ser porteru, d'esos que se ponen toles selmanes nun prau mui grande debaxo de tres palos pintaos de blanco y negro, y que nun tienen que dexar qu'un balón entre pente esos tres palos. El neñu, cuasi nun sabía nada de fútbol, pero quería ser porteru.» Especialmente indicáu pa les nueves xeneraciones del Sporting de Xixón y pa los pás y más de la quinta del porteru Ablanedo.

ÁMBITU

Singularidá

PABLO TEXÓN CASTAÑÓN
32 pp. • 12 €

Singularidá, palabra hermana de *señardá,* da nome a esti llibru onde s'axunten dellos testos curtios de Pablo Texón. Nellos, el poeta y narrador encara de manera sincera y con gran xeitu la reflexón sobre

esmolecimientos personales y sociales que nun son otro que pasos necesarios del procesu de medría del individuu y de la sociedá. Fuxendo de l'autocomplaciencia, Texón muestra no filosófico un ciertu pesimismu vitalista; no lliterario, vuelve a descubrise como un maestru de la prosa poética y midida. Caún de los testos merez una llectura atenta y posada, como pieza d'orfebrería d'una obra mayor en construcción permanente: el so periplu lliterariu y vital, un viaxe en primer persona ente les palabres y los sentimientos que s'escuenden dientro d'elles.

La casa gris

IGNACIU LLOPE
201 pp. • 12 €

La borrina del Atlánticu llambe les paredes y les páxines de *La casa gris*. Asuntos como'l cuadonguismu, la estroza del paisaxe tradicional, la identidá,

la memoria..., trescalen los artículos periodísticos axuntaos nesti volume. La poesía, la precisión y la pasión nel análisis en cada tema tratáu —la fiesta, la soledá, el chigre, la música, la dictadura, l'arquitectura rural, el progresu, la frontera...— faen de la llectura de cada artículu un exerciciu intensu abiertu al debate y a la reflexón. Y, siempre, la raíz n'Asturies, nel paisaxe de la infancia, con una mirada del autor un aquel señaldosa, lo qu'él llama *sentimentalidá celta,* quiciabes «señaldá por un norte qu'enxamás ye'l norte propiu».

Nome

IRIS DÍAZ TRANCHO
45 pp. • 10 €

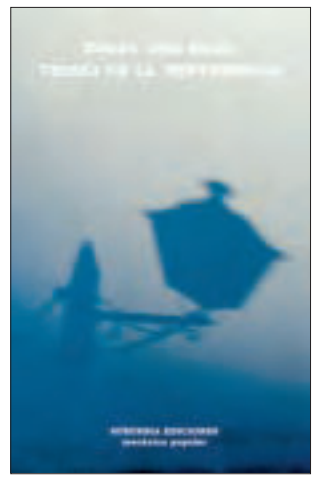
Personaxes d'un universu tan míticu como eclécticu pueblen los rellatos que componen esti volume. El paisaxe que presenta Iris Díaz Trancho en *Nomes* aseméyase a esos cuentos onde'l protagonista dexa'l mundu real pa internase, nun se sabe cómo, nel reinu de los seres fantásticos, onde'l tiempu y l'espaciu mándense per otres lleis. Nestes páxines, unes veces ye la naturaleza, cola so medría sobre los restos de la civilización, la que fai se-

partar l'ámbitu de lo cotidiano y conocío d'esi otru mundu incógnitu y, por eso mesmo, amenazador y atrayente. N'otres ocasiones ye'l pasu del tiempu y les cultures lo que pon el puntu d'estrañamientu y, a la vez, el filu qu'afilvana planos aparentemente inconexos a lo llargo de la historia. Tamién los suaños, esi camín que tolos díes percuerre l'alma humana hacia les fondures de sí mesma, revelen nestos rellatos el so poder pa dexar atrás una realidá que non por ser conocida ye más amable.

Londres nevao

JORDI LLAVINA
Traducción de Ramón d'Andrés
156 pp. • 15 €

Londres nevao ye una recopilación de seis cuentos, escritos orixinalmente en catalán y traducíos al asturianu pol profesor Ramón d'Andrés, narraos con una riqueza léxica abondosa y con un estilu mui pulíu. Ello val-y al llector pa entrar nel alma mesma de los protagonistes y compartir les sos emociones y sentimientos d'una manera directa y sincera.



SUBURBIA

Teoría de la pertenencia

RAMÓN LLUÍS BANDE
120 pp. • 12 €

Teoría de la pertenencia ta integráu por una colección de proses autónomes que conformen una narración unitaria: la d'un personaxe ensin nome en plena tresformación, que busca les característiques principales que puedan definir la so identidá nel momentu presente. Un llibru que renuncia explícitamente a l'arquitectura habitual de les narraciones. Una colección de textos *escritos nel actu.* El protagonista, un yo que s'escuende tres múltiples nomes en diferentes momentos y diferentes llugares del mundu, busca entender el so presente. *Teoría de la pertenencia* tien muncho de diariu personal, de crónica d'actualidá (social y íntima), de recuentu de llectures.

Les ruines

XANDRU FERNÁNDEZ
348 pp. • 14 €

Les ruines ye probablemente una de les noveles con más éxitu y meyor valorada de la reciente lliteratura asturiana,

ahora reeditada, revisada y correxida pol propiu autor. En *Les ruines,* Xandru Fernández usa como excusa a la familia de Rosa l'Alemana y la del so esposu Goyo Godina, militante antifranquista que morrió nun accidente na mina pa construir una novela onde la vida los personaxes ta condicionada pol paisaxe, el desarraigu y la falta de comunicación.

La cueva de la diosa

ARTURO SOMOANO
296 pp. • 14 €

Ambientada na Asturies del siglu VIII, la trama desenróllase alredor de la figura de Pelayo y les sos rellaciones colos clanes astures nes víspores de la invasión musulmana. De trazu áxil y frescu, *La cueva de la diosa* ye ante too una novela d'aventures onde de la mano del autor conoceremos un puntu de vista diferente a la historia oficial de Pelayo.

Aeropuertu

XURDE FERNÁNDEZ Y MARIÁN GARCÍA
188 pp. • 12 €

Aeropuertu ye la segunda novela de Xurde Fernández y Marián García dempués de *El color del escaezu* y la so tercer collaboración si contamos el

llibru infantil *L'árbol de la verdá*. Ye una novela sobre histories cruciaes alredor de dos viaxeros a los qu'intercambien les maletes accidentalmente nun aeropuertu. A partir d'esti fechu aparentemente ensin importancia, los autores desarrollen dos histories en paralelo hasta llegar a un sorprendente y conxuntu final.

SERONDA

El paséu/El paseo

MIGUEL ROJO
Castellano-asturiano
72 pp. • 14 €

El paseo del Muro. Así es como conocen los gijoneses la parte más vistosa y transitada del litoral de la ciudad más poblada de Asturias. En esos tres kilómetros de ancha acera ha empadronado Miguel Rojo *El paséu/El paseo,* un intenso y

sugerente poemario. El poeta inicia sus pasos en ese paraje urbano salpicado por el mar y por la playa, pero sus versos van cobrando vida propia para conducirle a distintos escenarios geográficos, temporales y espirituales, rastreando respuestas de un modo inquietante, incisivo e incesante. El poemario discurre bajo el estigma de la dualidad: de lo local a lo universal, desde el presente al pasado, entre la búsqueda de la trascendencia y la amenaza del olvido que, como concluye el autor, es «ese río de arenas sumergidas que se ha de perder en la historia».

Mañana saldrá el sol. Manuel Preciado, una vida en cinco años

JAVIER BARRIO Y CARLOS LLAMAS
240 pp. • 22 €

«El sol volverá a salir mañana.» Es la frase y la consigna a la que Manuel Preciado (Astillero, 1957) ha tenido que aferrarse en no pocas ocasiones, cada vez que el balón o el destino le lesionaban el alma. Javier Barrio y Carlos Llamas, dos periodistas que siguen a pie de campo la actualidad informativa del Sporting de Gijón, encaran en este libro la figura deportiva y humana de uno de los entrenadores más carismáticos y respetados del fútbol español, que ha cumplido un lustro empadronado en El Molinón. El prólogo es obra del también

periodista deportivo Santiago Segurola y el libro cuenta, además, con artículos escritos para la ocasión por Vicente del Bosque y Luis Aragonés.

MADERA NORUEGA

Por qué estorba la memoria: represión y guerrilla en Asturias (1937-1952)

GERARDO IGLESIAS
480 pp. • 22 €

Por qué estorba la memoria realiza un recorrido por la historia de los maquis en Asturias durante la guerra civil y hasta que muere el último de los guerrilleros acosado en el monte. Son 22 relatos reales y desgarradores sobre los maquis asturianos y sus familias y un alegato contra el olvido en el que no faltan críticas a los dirigentes del PCE entonces en el exilio ni a los políticos actuales.

...Y 22 POETAS

Llurdes Álvarez

Éxodu

Y voi pa onde nada fai falta,
onde'l más íntimu compañeru de viaxe ye la solombra
ANNA AJMÁTOVA

Habitáronnos díes de bonanza,
díes ensin final enredaos a la cuerda viniente
de más díes felices; asina yera.
—El narrador, distante, nun cree nel paraísu
sólo da fe y la robla—
Vieno depués la plaga,
la xilofera nel pical de los pinos.
L'arfueyu amburando mazanales,
niebla espeso que nos dexaba mudos.
Patacales secando, escariada la tierra.
Les abeyes ensamaben
ensin torna. Los arbeyales mustios.
Les reses de les cuadres albuertaben: vaques,
yegües, les cabres...
Aullaben los perros
a la nueche tal que si fora'l fin.
Escosaron les fontes; la reguera
arrastraba l'agua de la podrén.

Cada quien, a solateres, lloraba
ensin ser sosprendíu; les mañanes un duelu.

Madre un día veló poles caxines
de les fabes, por si daqué salvaba;
el palu secu que caltenía per elles encetó-y una pierna.
Más sangre llevaba la reguera, la firida afondaba;
el sangre nel camín de vuelta a casa.
Hubo marchar, los díes de bonanza terminaben pa ella.

Dalgunos resistiemos hasta más nun poder.
Podre l'agua la fonte, busquemos manantiales más
altos
y dalgún alcontremos.

Un día de payares marché yo,
delantre del Aramu , pequeñu dios
de casa, garré fuerza,
referencia interior pa los mios nortes.
Había sol, les llárimes más ácides vertiles esi día,
al par Atecusa «la ensin madre», la gata
que nós criemos dende recién nacida,
cuarada de la tiña por mio padre, compañera doméstica
de munchísimos años.
Hasta la carretera acopampañóme
como tantos branos de llectura en mio cuellu.
Al llegar hasta el coche dio la vuelta
ensin gana, mirando pa nosotros hasta velu arrancar.

Sólo padre, ellí, nel pueblu
d'adopción de munchísimos años
resistíase a marchar, llevantar esa muria,
iguar les sebes que'l güelu maternu de mio madre
llevantara con tantísimu enfotu, Pepe La Vallicuerra,
el tíu Pepe, depués, que tanto trabayare
porque amaba la tierra y aguardaba el so frutu.
Home de bien, queríu de todos, sabíu vecín, de palabra.
La so güelga tayada
nes puertes de les cuadres,
nos árboles frutales que plantara
nel terrén de comuña, nozales, castañales,
delles zreizales, carbayos pa bellotes...
P'amatagar la fame de quien p'ellí pasare.
Padre fexo lo propio, punxo simiente
agradecida, col mesmu fin inxertó dellos árboles,
anovó otros, poniendo en pie la vieya tradición.

Sentáu ente casa, al sol
de los difuntos, mira los «castilletes»
de la mina arruinada:
compañeros de tira que tan yá dando ortigues,
y per unos minutos escucha les sos rises,
l'acoyida ensin llendes pa un nuevu compañeru.
Tenía ventiún años, per delantre la vida
masque la dictadura-y diere sombra.
Llevanta, va a les vaques,
el fríu cuasi ivernal entumez los sentíos.
¿Por qué agora, por qué?

Enfermu, tamién él hubo marchar,
la filera de *quercus* clavada na retina,
de manera aquél, *rebancanusu* , de La Sierra
que nun perdía la fueya, los raigones al aire.

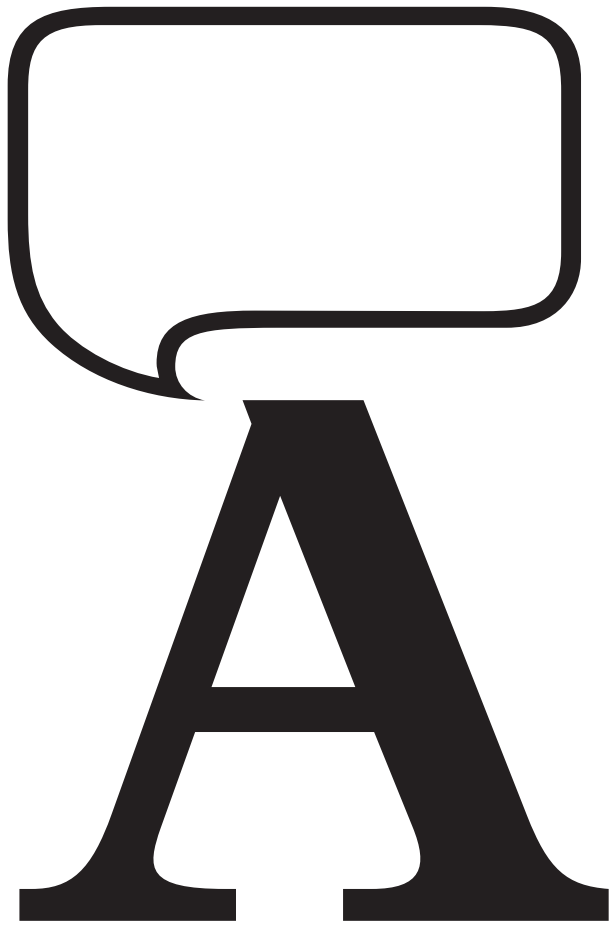
El sangre, el pulsu de la so compañera
va aclamando per él. Tranca la casa llevantada con ella.
Nun llora por más que-y apeteza,
apierta bien los puños, cola fuerza que-y queda
baxa les escaleres de peldañu en peldañu:
nun mira tres de si.

Nel tren sabe de les travieses de *rebl.los*
que cortaron nel pueblu.
Vien-y a la tiesta un dañín comentariu
qu' oyere cuantayá, viaxando n'otru tren:
«Mineros ensin alma nin conciencia,
bárbaros ya incendiarios, diablos ensin remediu».
Contra'l diañu camienta la vieyura,
el carbón arrincao, el tercer grau de silicosis
que-y aportó la mina. No aforrao
pa vivir en Xixón cuando lu retiraren,
na so compañera, los fíos críaos...

Nun se llamenta, esperálu una casa,
la so muyer, lo deprendío al par d'ella,
tolo vivío, les cantaraes segando, y los fíos, los nietos...
—El narrador, distante, nun cree nel paraísu
sólo da fe y la robla—

Habitáronnos díes de bonanza.

(...//...)



Francisco Álvarez Velasco

Dánae

Con el agua y los puños
la lavandera saca
la luz al blanco lino de las sábanas
y las tiende en la hierba
para el ardiente sol del mediodía.

Ahora duerme a la sombra del aliso.

Por la fronda se filtra
un rayo de oro.

●

Inventario de cabezas pintadas por Fernando Díaz

La niña que escucha la mar lejana en una caracola
para entender el mundo,
los que van por el parque y quieren estar solos,
la mujer que fuma y piensa y te observa intensamente
mientras el tiempo pasa,
el que baila un yo-yo y debiera ser feliz, pero no acierta;
el que sostiene una copa y bebe a sorbos
y su corazón se alegra;
el que se ha puesto de espaldas a la ciudad
y mira el horizonte.

Los que cruzan las calles y están tristes,
los que se besan en un rincón de soledades hondas,
los que se aman con toda la mar
y la luz tropical dentro del alma y peces y estrellas y
palmeras...

Los que andan sin máscara,
con el alma asomada
a flor de ojos que te miran,
a corazón abierto,
a flor de espejo,
a flor de cuadro
para que en ellos te contemples,
junto a ellos.

¡Los ojos de la vida en la cabeza humana!

●

En el zaguán del banco

Nadie dijo su nombre
en todo el día.

Ahora duerme de espaldas.

En el cartón de vino,
un poco de calor
con que arropar su noche.

Rubén d'Areñes

El que solo sabe marchar
guarda postales impresionistes de la so casa,
fai una riestra de fotogrames p'abanicar los almanaques
y que pase'l tiempu.
Como si supiere de la redundancia como sitiu.
Somos otra vuelta.

Morrer ye insistir,
pasu ente pasu más mediocre.

José Luis Argüelles

La prueba

Tal vez te sea dada la palabra exacta
que nos conmueva, clara frente al paso del tiempo,
y la felicidad te acompañe cada noche,
a esa hora en la que el sueño nos embosca.

Tal vez recorras las hermosas ciudades de oro,
llegues al buen lugar, allí donde un cielo amigo
recuerda nuestro nombre —lo que fuimos,
lo que seremos—, mientras sonríe el horizonte.

Tal vez obtengas grandes recompensas
y al despertar encuentres los labios que te aman,
unos ojos sin sombras —limpios, también, los tuyos—,
y que el orden sereno de los días prevalece.

Sin duda, habrás logrado mucho.
Y, sin embargo, aún te aguardará la prueba más difícil,
la que dará tu verdadera talla:
morir con la sonrisa del viajero agradecido.

●

Poesía

Poesía,
la extraña piel
que a ciegas acaricias,
la ramera de esta hora oscura
y su placer tan triste,
el simulacro de un gemido
que nada alienta,
que nada calma.

●

Hormigas

A Jordi Doce

¿De qué lugar vendrán estas hormigas
que llegan sin aviso,
se juntan en mis dedos
y trazan una senda que sólo ellas conocen?

Me sorprende su urgencia,
esa extraña tarea que las lleva
desde la sombra hasta esta página,
absortas constructoras sigilosas.

Durante horas recogen minúsculos fragmentos
y escondidas sustancias de mí mismo,
minuciosas trabajan
con su tenacidad silente.

Las dejo concluir la frágil obra,
jamás estorbo su trasiego
(cuando cierro las manos es peor),
y después parten,
nunca sé hacia dónde.

Ramón Lluís Bande

Cantar del neñu

1
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
Mieu yera'l nome que-y
ponía a la realidá
y agora tamién, munches veces.

2
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
lloraba en silenciu, dalgunes veces,
y otres reía con fuerza
y nun había muncha diferencia.

(...//...)

3
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
llamaba, imprudente, a la muerte
y ella, descreida,
nunca quixo dir a xugar.

4
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
miraba ablucáu al so propiu reflexu
nel cristal de la ventana que daba al parque
y, extrañáu, preguntába-y: ¿quién yes tu?
y agora tamién, munches veces.

5
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
caminaba paseos llargos de la mano
del padre y descubría'l mundu
con asombru, a cada pasu.

6
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
la vida diba cambiando de color,
del gris a los azules y verdes,
al ritmu que'l tren s'alloñaba.

7
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
miraba pa les grúes perriba los edificios
y tenía la sensación de vese reflexáu nún espeyu
y agora tamién, munches veces.

8
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
les fábriques abandonaes del barriu
yeren l'escenariu del xuegu y la fantasía,
y tamién una pregunta incierta al futuru.

9
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
vio como una rata morría
baxo les piedres de los amigos
y nunca dexó de sentir aquel glayíu.

10
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
veía les fundes machaes de grasa
de los vecinos colgaes de los tendales
y creía que yeren les banderes del barriu.

11
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
el güelu siempre lu esperaba na estación,
diben hasta'l parque y con cada palabra sentida
construía un peldañu na escalera del ser.

12
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo

(.../...)

recortaba noticies de los periódicos
y pegábales nun cuadernu
cola ilusión de vivir n'elles
y agora tamién, munches veces.

13
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
un camión colgáu d'una grúa
cortaba'l pasu na carretera principal del barriu
y él tenía la sensación de qu'abría'l camín.

14
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
el golor de les ruedes quemando
ponia-y l'arume de la dignidá
a les muries buxes del abandonu.

15
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
les víes de tren d'al llau de casa
nun llevaben a nengún sitiu,
namás al misteriu de los porqués.

16
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
siempre se preguntó por qué los otros
yeren como yeren
y nun yeren como él.

17
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
salía de la escuela cuando'l padre del trabayu,
col ritmu marcáu
por sirenes que siempre tocaben otros.

18
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
vio munches veces llover na playa
y él creía que yera la ciudá
llorando al mar el so fracasu.

19
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
munches veces volvía llorando a casa
por coses que seguramente-y pasarién depués
y agora tamién, munches veces.

20
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
xugaba muncho al fútbol,
marcaba munchos goles
y poques veces esfrutó del xuegu.

21
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
reía munches veces
pero realmente fueron poques
les qu'entendía por qué reía.

22
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
una vez, nun viaxe en tren,
el revisor ticó una estrella nel billete
y asina, dibuxó'l so futuru.

23
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
una tarde abrazó tan fuerte
a la madre al llau de la plancha
que'l calor derritió la soledá.

24
Cuando'l neñu yera neñu
y esi neñu yera yo
sentábase pela nueche nel pasiellu
pa ver les películes de la televisión del salón
y nunca vio na pantalla a naide como él.

Fernando Beltrán

Poema del perdón

Látigo, fango, entraña.

El hombre despeñado
cuyas manos sangraban por amor.

Y en cada herida tú.

La lluvia que después, la voz que luego.

Palabra, ortiga, raíz. Curar con la verdad.

Y en cada lágrima tú.

Nuestros ángeles duermen, pero sus alas no.

La piel que nos abriga.

Y en cada risa tú

Xuan Bello

Tres variaciones d'un sonetu de Dante

1

Antón, quixera que tu, Berta y yo
volviéramos a la nave'l tiempu que naufraga
y aquellos díes, xunto a la ribera del silenciu
que nun pasa, volvieran redimiéndonos.

Pudimos ser meyores. Más afiláu'l pensamientu,
menor quiciás la dicha pero ensin dulda
más fonda la esperiencia; fomos daqué imprecisos
na peripecia de dir, xenerosos, a lo qu'importaba.

Pero nun quiero, amigu, dexate'l mal tastu
de la malquerencia: sabes qu'admiro enforma
la to capacidá de dir de lo escuro a lo claro.

Volver a empezar fora seique namás un eco:
callaos toos hasta parez que tamos d'alcuerdu.
Aquella llaparada foi cierta. Arder, ardiemos.

2

Pablo, quixera que tu, Silvia y yo
y tamién Susi que s'esmuz ente sombres
volviéramos a aquella tarde, crecida,
onde Santa María de Bendones.

Yera guapo esbariar pela costera
suave del fracasu; suave y pindia:
el mundu tuviera llandios márxenes
si xuntos nun fuéramos a afuxir

cola música a otra parte; yera yá branu
o seique primavera rematada
o seique nun m'alcuerdo del iviernu

que m'achucaba tan cerca que yá sabía
que diba preservar nestos versos el fríu
de lo que nunca foi. Y nun sería.

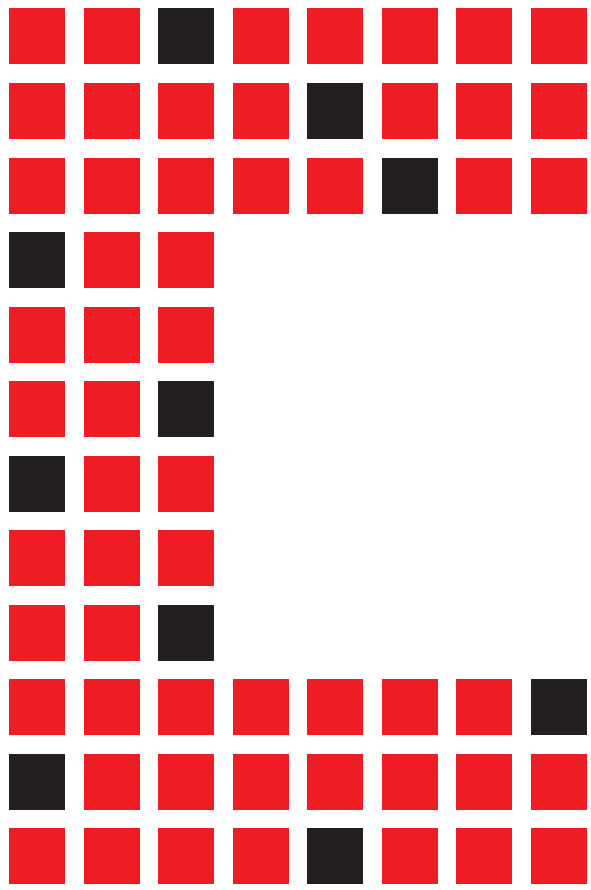
3

Amor, quixera que tu y yo solos
embarcáremos otra vuelta más
na azarienta barca del pensamientu
y dir allá, otra vez, equí cerca.

Iluminábense entós les estrelles,
ardíen les llaparaes del recuerdu
y nun yera imposible poner aces
la realidá y el deséu. ¿Alcuérdeste?

Quema'l deséu, quema la vida, quema
aquello que vivivimos sin vivilo
viviéndolo na memoria tan vivo.

¡Yera daquella la vida tan vida
y tan poco prudente! Encesa
l'alcordanza recompónla breve.



Marcos Canteli

no yo lo muy mío de mí
no mimbre y sí elasticidad
apenas mecer
sólo devuelves no pides nada
salvado de las aguas no bebes agua
del juguete sonoro el mar
con avisos de extranjería

•••

un poco pronto
pienso por si falto
rodeo tu cuna
de plantas

Laura Casielles

Homenaje a las hermanas

A veces, las mujeres que admiro lloran.
Lloran polen, lloran piedra, lloran plumas caídas de
estornino débil
y aceite quemado sobre la arena gris.
Lloran porque no encuentran
el hilo del buen amor,
lloran porque su voz no es una columna de mármol,
lloran por el peso del río.

Hay mujeres que admiro y no conozco y a veces lloran.
Supongo que también les arden bulbos en las entrañas
y tienen en el jardín
tumbas de cedro.
Otras mujeres llevan
el fardo prieto de veinte siglos sobre los hombros.
No tienen mucho tiempo para llorar, pero a veces
manantiales y pozos y olas se les caen a las manos.

El charco repta lentamente, llega al mar de los charcos
de antaño.

Se evapora, llueve.

Lustrosas espigas se hinchan
en un huerto de otra parte.

Sofía Castañón

No-Engaño

Y qué
la vida en el mundo futuro
ahora que todo es sudor contra una almohada
el cuerpo explota y en este accidente
tu peso pesa una eternidad.
Y qué
lo aprendido lo atesorado los pendientes
que te dieron al nacer *rosa vida anxelín*,
caíste como un ciervo.
De esta estampa nada
presagia que mañana sea otro día,
pero si alguien recogiese el calor
le desbordaría de las manos como una promesa abierta.

José María Castrillón

Reecuentro familiar, lago Balaton, Hungría, 1966

un tomavistas de época rueda
dos fuentes erigidas extrañamente cerca la una de la otra
la mano se conduce con la avidez medrosa de las ardillas
una mujer madura que pasea
plano medio de mujer
la misma tal vez aunque parece más joven
el policía
grupos
y parejas
junto a un estanque que niega sin motivo
la cercanía del Balaton
dos mujeres en bañador pasean cogidas del brazo
a través de la lente saturada de luz
compran helados sin mediar palabra con el vendedor
que debería haberse vuelto hacia la cámara
las dos mujeres se ponen idénticas gafas de sol
la más joven se apresura a posar recogiéndose el pelo
costaría distinguirlas
la mirada acepta el juego y el plano se alarga
en ese instante
las hermanas
la de un lado y la del otro
frente a lo expulsado

Fruela Fernández

Piedra de vino

Tú y los lirios,
aunque sean falsos,
tú y los lirios.

Aquí el perro
quiere ser tu ciervo,
la luz tu guardería.

Pero nosotros
a saltos,
sin piezas
de camada.

Aquí no drena
el riñón:
comes saúco,
amansas agua.

Déjame
traerte vino, darte hombros,
deja que mi mano
camine
como tú.

Playas, Veletas

1

Ayer y golpe
de agua,
como arvejos en cedazo,
como ropa en un bañal

Aún
vengo,

aún
el surco

de tu mano,

caminabas al párking,
aún arena en los pies

[Aquí el sol es un hápax,
el cuerpo
no lo espera,
se tiende, se hace sábado]

Quizá ahora caminas
entre regodones, entre niños,

y pones
el sol a recudir

y cruzas
la portilla

y sólo
caminas

donde escribo

que caminas

aquí

[El sol,
el sol no cabe,
eso lo salva]

2

Si ya
no eres
la que viniste,

si la mano ya no toma
el rizo.

Sábado:
la barba suelta arena
de un disco folk,
el sol ortiga
las piernas del dormido

[La mitad de aquí tiene frío —escribiste
antes de hacer señas a la casa,
antes de medirnos
en el balcón]

Azul de palma,
empieza el año
inverso.

El ojo,
la boca
recuerdan tus pequeñas
manchas de sol

3

Ahora

mientras la casa argaya
mientras la casa
cae

Ya no es agosto,
agraciado y húmedo—

la luz oscurecía en la madera,

(.../...)

diez días
de costado,
nuestros

Caen las llaves

abres cierras y cargas

y sigues

y no hay
un restallo,

hay un crujido

Pelayo Fueyo

¿Amor o admiración?

Aún no es hora de pronunciar mi nombre,
vigía de las luces que me envuelven.
Si no has tomado el aire de mis manos
como ofrenda de lo que fue mi aliento
—o vaho en la ventana que me cierras—,
si no has sido la sombra de mi cuerpo,
ni has llevado mi estatua a tu jardín,
no pronuncies mi nombre. Que en sus letras
se cifra el código de quien te quiso,
y no la claridad con que me admiras.

●

La amada enferma

Porque todos los huesos de la tierra
que amargan el seudónimo del tiempo
no quieren ver tu nombre entre dos fechas,
daré toda mi vida por quererte:
renovaré una rosa del jardín
como un sortilegio de tu cura;
haré por ti de mago enamorado;
fundiré en ti todas mis energías,
y si, aun así, te visite la Parca,
proseguiré tu vida en mi recuerdo
desde el mismo momento de tu muerte.

Carlos Iglesias

Pausa tras la tormenta

Se aquietan las llamas
sobre el campo de luz.

Dos lagos verdes apagan
las últimas cenizas
y, poco a poco,
se asoma una nube.

Te imagino recogiéndote el pelo.

Tal vez acabas de llorar
y, al fin,
sonríes.

●

Mensaje de texto

Nuestros mensajes son días
que le sobran al calendario,

horas robadas al tiempo,

películas proyectadas
en un cine vacío,

rastros de nieve
sobre deseos calcinados.

Nuestros mensajes son
el absurdo inventario
de todo aquello
que no haremos juntos.

●

La despedida

Retuve tus cenizas en un puño,
como un niño que quisiera,
por un instante,
aferrar la mano
de su padre.

Martín López-Vega

Anunciación

En el tomo trigésimo sexto de mi vida,
capítulo segundo, página once.

En estado de espera activa,
hortus inconclusus

con algo de arrepentimiento
mas insumisión,

a sabiendas de las manos
siempre abiertas

abandoné el libro que leía
para recibir la buena nueva.

La presencia de la mensajera era
lo que faltaba para acabar un icono

pacientemente trabajado,
oro labrado por el peso de los días,

verde vivificado
con mi propia sangre,

azul bruñido
de mi afán,

(¿cómo distinguir la buena nueva
de las falsas noticias repetidas?)

(...//...)

(.../.../...)

arquitectura a la intemperie
de mi paciencia sin resguardo.

Tanta espera para la revelación
del recado evidente:

La noticia era
la mensajera misma.

●

La mujer del lanzador de cuchillos y el zen

Nunca miro de frente a los cuchillos
cuando se acercan volando hacia mí:
podría, instintivamente, moverme
para esquivarlos y arruinar el número.

Nadie se fija en mí por más llamativa
que sea mi indumentaria: él es el héroe,
él quien arriesga. No me importa:
a la hora de repartir ganancias,
vamos a medias.

En general, cuando estoy en la arena,
no pienso. ¿De qué me serviría?
Sólo espero a que todos los cuchillos
se claven en el panel, sonrío, saludo
y me retiro a mi caravana.

Sé que los espectadores esperan que él
falle, o sea, que acierte.
Las dianas se hacen para acertar en ellas.

●

Coloquio sobre Ícaro

—Su padre era constructor de laberintos,
luego él era un laberinto.
Necesitaba volar bien alto para poder verse
por entero a sí mismo.

—Cualquier intento de elevarnos sobre la vulgaridad
tiene su límite.

—Eso es de Walser.

—Su madre era una esclava. Se lo debía.

—Entonces no se hacían alas como las de antes.

—Según Pausanias no fueron las alas lo que inventó
Dédalo,
sino las velas; e Ícaro un mal navegante.

—Pasados Samaos, Delos y Lebintos
uno se siente capaz de todo. Yo estuve allí
el verano pasado y os lo puedo asegurar.

Fernando Menéndez

Penúltimo danzante (poemas)

dichoso paseante que encuentra su huidobro / lo conduce al alambre / lo previene del elogio // la letra chata medró como flor civilizada / perla de asfalto / cubito homologable // pero el texto / tal vez el texto sin fijos ni preámbulos / sea ancestral y precursor / un haz fecundo / paracaídas que surca este enredo de esferas

•••

ahora sé que quise ser frank bascome / conducir tranquilo por los barrios periféricos / ser el ciudadano que nadie espera y al que todos dan la bienvenida / vivir bajo sordina y al caminar cuesta abajo / despacio / entre platanales / pedirte un trozo de merienda / no traspasar el umbral de las expectativas / para una postal desde francia o para un verano inolvidable me faltan borrones / asteriscos // lo fácil era aprovechar la disculpa de tu hermano / los minutos forzo-

(.../...)

sos de un encuentro casual y después la noche que abre sus rutilantes incisivos / la romántica desconfianza era propia / la cursilería / los pequeños papeles / las notas a pie de página / el mero amor por el frío

(The caution horses)

•••

españa españa españa / españa un trozo de brazo del susodicho boliviano / galipote del mediterráneo / efluvios sin escrúpulos / la conocida frase *el fin justifica los medios* se renueva a diario / es lo que tiene cualquier proyecto empresarial // y yo qué hago / conglomerado de estímulos / galipote cuajado de mala conciencia / me senté a la vera de quien peinaba cobre / se frotaba en sus brazos la nieve aún imperecedera // levanté la voz / empleé mi tiempo / fui tibio entre los tibios // todavía no puedo decir *lo hecho está hecho*

•••

lejanía / la atraviesa la materia / no conozco hacerla rendirse sin noche / reenvío más palabras // tú eres otra

escribiré en la cima / dialecto del mundo / a través de lazos he venido / bajo el impulso desolado / biografías / pensamientos / acordeones de un todo

(efe minúscula)

Esther Muntañola

Sobre la superficie

Nueces, avellanas, papeles, un vaso de café.
La luz dando forma al espacio.

Es como si las cosas se hubieran ido de ti o tú de las cosas
y la belleza se mantuviera exacta, sobre la superficie,
esperando ser vista, formando parte de esa capa de polvo
que hace más hermosas las botellas, el vidrio, los armarios.

Todo habla en silencio, lentamente,
y a veces, sólo a veces,
nos detenemos y escuchamos.

●

Es demasiada noche

Se te van rodando las palabras
como nudos de hierba que el viento arrastra.

No es cobardía escribir,
aunque todo pasa.
Hasta esta tarde que arañó tanto la luz,
hasta esos ojos que miran con tanto amor
se irán al olvido,
las bocas que besamos,
las promesas que incumplimos,
el vago verdor de la tierra en invierno,
el nombre de las cosas.

Retorno

Da sonido a la sombra el instante del pájaro.

Hay un hueco de nube y una noria en mis manos,
tardes enteras se amontonan y dejan
su pequeña ceniza, sus arañazos, su magisterio
sombrío, su mirada.

Retorno
a la callada corriente de tu cuerpo.

Rodrigo Olay

Beat generation

Escapar. La carretera.
El Chevrolet. Algún disco
y algún libro. San Francisco.
Lucky Strike. La camarera
de otro bar. La noche entera
despiertos. Ácido. El mar.
Miles Davis. Corea. Aullar
al horizonte. Escribir
porque vamos a morir
pero pudimos amar.

●

Variación sobre un tema de Javier García Rodríguez

Yo velaré tu sueño.

Yo guardaré el estanque inmóvil
en que flota quien duerme
y cortaré el camino a los extraños
que al galope de bruma sigilosa
penetren el recinto murado de tus ojos.
No habrá noches sombrías ni payasos enfermos
ni canciones lejanas en mansiones vacías,
no habrá niños que lloren en sus cuartos oscuros,
cuyas bocas heridas giman susurros lentos.

Yo velaré tu sueño.

En los jardines
de seda de tus sábanas
lisas como una noche con los ojos abiertos
no entrarán sinuosos herederos del llanto.

Velaré ante tus pies empuñando mi espada
y nada estará cerca de ti salvo yo mismo
y no habrá pesadillas que te muerdan la frente.

Yo velaré tu sueño,
pero al llegar el alba
se extinguirán mis fuerzas
y te irás, hija mía, de la casa,
y tendrás que vivir.
Verás, princesa,
que en esa fiebre tímida
de la luz en la piel
y en el lento veneno de la vida
habrás de defenderte sola, niña.

Porque allí yo ya no podré ayudarte.

Guillermo del Pozo

Antes de irte

Acerco mi cabeza a tu vientre:
Ruidos del universo tejiendo galaxias,
Sonidos secretos de alquimias cósmicas.

Factoría de estrellas en actividad frenética.
Destilería de misterios, tuberías alambicadas
Crujiendo con una armonía inventada.

Hay tormenta en tu cuerpo:
Chirrían los astros al chocar sus aristas,
Burbujea el helio enojado por los excesos,
Compiten las constelaciones por encontrar un hueco.

Ya sabía yo que el universo se gestaba
En la profundidad de tu vientre.

●

El que tenga oídos...

Hay días en los que
Me arrancaría las venas
Y las anudaría en liana
Para escapar de mi propio corazón.

En los que desmembraría mi cuerpo
Y utilizaría los huesos
Para golpear el aire
Que me lastima al respirar.

En los que masillaría mis sienes
En las que constantemente
Percute la sensación
De que algo no encaja.

Hay días, hoy, en los que
Aún sabiendo Latín,
Benedicto Invenis,
Prefiero hacerme el tonto.

Esther Prieto

Na ventana de casa

Na ventana de casa, pensatible,
barruntes los díes que falten por llegar.
El reló del tiempu martiella,
morosu, el roqueru esgayáu de la to vida.
Estelada, retires del zimbru la mirada
que, lenta, vas posar al centru esactu de la sala:
na mesa de cristal apilen rescualdos,
nin calmos nin serenos, d'aquello que yá nun yes,
de tolo que vas perdiendo.

●

De to cabeza neña

Pa Juan

Esi xestu tolos díes repetíu
de cariciar to cabeza ñena
con mio mano,
si lu viera daquién de fuera, un estranxeru,
qué poco diba saber:
que vengo d'un llugar que llamen casa,
qu'apellida patria y noma los ancestros.

D'esti xestu tantes veces repetíu
poco diba saber quien nada sabe:
que los xenes ataron mio mano a so mano,
por más que yo escaeciera casa,
por más qu'esborrara patria
y de los ancestros diga apenes nada.

D'esti xestu tantes veces repetíu
de poner mio mano
en to cabeza neña
queda un dolor malapenes alvertíu
y estos deos, heriedes de los suyos,
qu'heredó quiciabes de so madre,
a caso del padre o del tíu aquel
que yera cura y guardaba pa él
los llibros de casa.

(.../...)

Miguel Rojo

Ensuchos campos de mapoles la xente cola que crucio.
Mírenme, supongo.
Yo mírolos, eso ye seguro.
Dende la oscuridá de les mios gafes reguilo a la gueta
[de los sos suaños
como quien busca baxo la esllava los duernos.
Esta muyer, por exemplu.
Agüéyame cola dureza d'una cerilla raspiada contra'l
llombu.
Podría ser el to fíu.
Podría ser el to amante.
Podría ser el guardián de les tos velees.
L'abrigu axustáu, los tos zapatos de tacón, les piernes
[torniaes, los tos pasos toc toc sobre la cera
[y esa mirada returnida como los campos
[de mapoles depués de la seca.
Ven y cañícate nos mios brazos, tengo la modestia
[de la tierra cuando s'espurre baxo la lluna calva.
Acompáñame, conozo requexos onde güel a sidra
[fermentao y les nubes lentamente pasen
[como lentes calabaces grises.
Llugares tan nidios que raspien la piel.
Nun m'importa que me vean contigo.
Abrazaréte y pegaré los cristales del espeyu onde nun
[fai tanto te víes guapa, serdréte imprescindible
[igual que l'aire, igual que l'agua lo ye pa los guaños
[que pigacen baxo la tierra.

●

El entrechocar de las esferas me obliga a sentarme en
un banco.
Estoy cansado.
Cierro los ojos.
La traslúcida piel de los párpados tiene algo
[de sangre que tiñe la mañana de
[una lluvia roja y estéril.

(.../...)

Justo ahí del otro lado de la ventana.
Dormiré unos segundos y soñaré con la cabeza
[recostada sobre la dócil hierba de los prados.
Sueño que soy tú.
Que soy la mano que aprieta el botón para que
[el mundo sea más silencioso.
La mano de Hassan cogida al pomo de la puerta
[sin casa, la mano que abre los poblados
[de Nablus y Tulkarem.
Y soy la mano de Ruth tirando del cerrojo
[de Mauthausen mientras los copos de nieve
[vuelan como mariposas enloquecidas
[alrededor de la chimenea.
Soy tu mano amiga.
Y también la mano que golpea.
La mano que acaricia la cadera reposada sobre
[la convexidad de mi deseo.
La que regala y la mano que te señala con
[su índice acusador.
Soy dualidad.
El bien y el mal.
Abraxas.
Ya avisé:
padre e hijo a la vez.
Soy tú y soy yo.

Sara Torres R. de Castro

Ritual de ascensión a la vida adulta

No será para siempre
esta tibieza de aguas y lechos
veladas por padres y abuelos.

Mira, desde allí llegará el hombre extranjero
querrá ocupar tu tierra
ser presencia en el vientre de tu mujer amada.

Niño, niño
deja ya de mirar esas flores.
Tómalas, yo las enlazo a tu pecho
para que nunca olvides
la tierra que te hizo hombre
hueso sobre hueso.